PETER BOŠKO

Hacia una sociedad mejor



Mi camino personal hacia la idea de Viditeľné peniaze

Índice

1 Introducción....3
2 Soy consciente de que soy consciente — soy el que es....4
3 El cielo sobre Klokočina....8
4 Serafína....9
5 La primera infancia....10
6 La educación religiosa....11
7 El instituto de enseñanza secundaria y un rumbo claro para mi futura carrera....11
8 El primer año en el instituto....13
9 El funeral de la madre de mi padre....14
10 Mis primeros proyectos de programación....16
11 La Universidad de Economía....18
12 Un verano en Estados Unidos....22
13 Mi primer encuentro con la idea de Viditeľné peniaze: la obra de Neale Donald Walsch....24
14 Mi trabajo para QBSW: el proyecto de la Tesorería del Estado....27
15 Conversación con Hilda....28
16 Med-art: el servicio civil y la publicación del artículo....30
17 La crucifixión....32
18 Praga....33
19 Vacaciones en la India....35
20 Irlanda....37
21 Sony y el accidente de coche....37
22 Regreso a Praga....38
23 Infostat y el proyecto para Eurostat....38
24 El largo camino a casa desde Luxemburgo....40
25 Mi trabajo para una empresa que ofrecía robots de forex....41
26 La ayuda para comprar un coche....42
27 Mi trabajo para grandes empresas....43
28 Presentación del proyecto Viditeľné peniaze en su forma actual....45
29 Las funciones de blockchain del proyecto....48
30 La protección del proyecto frente a cualquier uso indebido antes de que se convierta en el núcleo de la sociedad....49
31 Las elecciones presidenciales....51
32 Ambiciones políticas....52
Primer pilar: el sentido común....52
Segundo pilar del partido político: una transparencia rigurosa....53
Tercer pilar: el alcance global....53
33 Fragmentos de mi blog personal....55
Diebus solitudinis....55
Katka Knechtová — Spomaľ — un diálogo singular....55
Tres desafíos fundamentales de la humanidad actual y mi respuesta a ellos....56
Cómo funciona el karma....60
Reflexión sobre la necesaria finitud del universo....61
Arquitectura del sistema Viditeľné peniaze (VP): el primer sistema bancario transparente protegido por blockchain 1....62

1 Introducción

El propósito de este texto es describir el camino personal que me condujo a las ideas del proyecto Viditeľné peniaze. Está escrito con libertad de forma y recorre mi trayectoria vital, desde algunos episodios de la primera infancia hasta el presente. A menudo se entretejen en él pensamientos y reflexiones, también sobre el sentido mismo de la vida y la naturaleza del ser, que rara vez he visto tratados por otros autores y que, a mi juicio, merecerían mayor atención. He escrito el texto de manera que también me guste a mí, por lo que quizá no sea objetivo en algunos pasajes. Fue surgiendo de una forma bastante espontánea; al principio iba a abarcar mucho más, pero finalmente su alcance se redujo. Aun así, conservé ciertos pasajes que tal vez parezcan innecesarios, sencillamente porque me gustaban. En algunos puntos recurrí a la inteligencia artificial para dar al texto más dramatismo y ritmo, aunque el lector probablemente lo advertirá con facilidad. Les deseo una lectura inspiradora que ayude a comprender qué me mueve y por qué considero que la sociedad puede y debe funcionar de una forma algo distinta: con mayor eficiencia económica, pero también mejor, con más humanidad en las relaciones entre las personas.

2 Soy consciente de que soy consciente — soy el que es

Pienso, luego existo. Tres palabras sencillas, breves y conocidas. Sin embargo, por su significado, esta frase es única desde la perspectiva de quien la pronuncia. Desde su punto de vista, tiene un valor de verdad del 100 %. ¿Qué significa que tenga un valor de verdad del 100 %? Que, en un universo donde rigen operaciones lógicas fundamentales como la implicación, la verdad de semejante afirmación es necesaria en cualquier circunstancia.

Si quien lo afirma piensa de verdad, entonces existe. Si, por el contrario, quien lo afirma es solo una ilusión y no un ser real que piensa, la implicación también se mantiene.

Pero ¿cómo puede alguien verificar la premisa de esa implicación, es decir, que quien lo afirma piensa? Desde una perspectiva externa, no puede. La premisa de la implicación solo puede verificarse al 100 % desde el interior de la persona que la enuncia. Solo quien observa el pensamiento en su propio interior puede saber de sí mismo, con una probabilidad del 100 %, que piensa. Lo experimenta dentro de sí. El acto de experimentar que tiene lugar en la mente de un ser es la esencia más profunda de la existencia de los seres como tal.

Cuando me preguntaba si existían otras frases con una probabilidad del 100 % desde el interior de quien las pronuncia, del sujeto, se me ocurrió una que, a mi juicio, encierra el secreto de la esencia de la vida y de la realización de su sentido. **Soy consciente de que soy consciente.** Creo que penetra mucho más en el núcleo del ser que la frase de Descartes. Esta introduce al principio, de manera indirecta, la conciencia y después se limita a afirmar, mediante una implicación, lo que necesariamente debe admitirse. En cambio, la frase «Soy consciente de que soy consciente» mantiene la percepción como tema central y pone el énfasis, de forma recursiva, en el acto de ser consciente. Y al constatar un proceso que considero la esencia fundamental y el sentido de la vida, cumple ese sentido precisamente al constatarlo, reconocerlo y declararlo.

Porque, cuando alguien afirma que es consciente y que incluso es consciente de que es consciente, lo que está diciendo es que es un ser vivo auténtico que acaba de ejercer, por así decirlo, su derecho a la autodeterminación y declara que experimenta el placer del acto de autoconciencia.

Es como si la vida misma pronunciara su propio nombre. Como si el sujeto saboreara algo que no puede expresarse con palabras. Pura presencia. Puro ser. El mayor de los misterios. El sentido mismo de la vida.

Y experimentar ese placer es, a mi juicio, el sentido supremo de la vida. En realidad, ese sentido se encarna parcialmente en cada placer que un ser experimenta. Cuando se sacia el hambre, por ejemplo, o se satisface cualquier otra necesidad, el acto de autoconciencia siempre está implícitamente presente.

Creo que en la fuerza de esa probabilidad del 100 % de que uno existe y es consciente de sí mismo se esconde la esencia del egoísmo. Todo ser actúa siempre según la regla de «yo primero». Incluso quienes son considerados altruistas se comportan, en realidad, de forma egoísta. Lo que ocurre es que su escala de valores está configurada de tal manera que su propia supervivencia puede tener menos prioridad que ayudar a otros o seguir una idea, por ejemplo. El principio del egoísmo no ha desaparecido: simplemente se oculta tras intenciones que pueden entrar en conflicto con la propia supervivencia. El egoísmo tiene mala fama. No es malo; es, sencillamente, una ley que se deriva de que los seres distinguen continuamente, de forma subconsciente, entre la certeza del 100 % de su propia existencia y, frente a ella, la incertidumbre relativamente grande

acerca de la existencia de los demás. Hace tiempo escribí un artículo en el que señalé tres desafíos fundamentales cuya resolución haría avanzar más a la humanidad y a los que vale la pena dedicar mi energía. Uno de ellos era descubrir cómo alcanzar la misma certeza de que los demás son tan reales como yo mismo. Sin embargo, es la tarea más difícil de las tres y, por ahora, no se vislumbra una luz al final del túnel que indique cómo resolverla. Probablemente tendrá que producirse un avance decisivo en nuestra comprensión de la conciencia y de los procesos de percepción.

A la luz de lo dicho, es posible que la manera correcta de investigar el universo fuera invertir el planteamiento: en lugar de partir de la existencia de unas leyes físicas en el entorno exterior e intentar explicar a través de ellas cómo pudieron surgir fenómenos como la conciencia, deberíamos tomar la existencia de la conciencia como el principio del que se deriva todo lo demás. Es decir, estudiar las leyes físicas externas teniendo presente, ante todo, que solo se manifiestan en la conciencia, y prestar más atención a lo que realmente observamos y a la relación que puede guardar con ella. En cualquier caso, lo que la ciencia ha conseguido en los últimos 200 años es admirable y, como dice una máxima de gestión, no hay que cambiar la composición de un equipo que encadena victorias de ese modo. Por otra parte, en la investigación de la conciencia se ha avanzado muy poco, o incluso nada, desde las supersticiones medievales.

Al explorar un modelo del conocimiento centrado en la conciencia, aparece de pronto una forma de conocer que puede ofrecer perspectivas incluso desconcertantes para los materialistas típicos de hoy sobre lo que realmente sabemos del mundo. Si la conciencia es de verdad el alfa y el omega de todo conocimiento, ¿no sería posible que una emoción positiva en ella fuera tan intensa que no solo trajera consigo la satisfacción de un deseo, sino que la propia conciencia modificara la naturaleza de la realidad, incluidas ciertas leyes físicas? Si, por ejemplo, tomáramos un bien de consumo corriente de hoy, un ordenador portátil, lo lleváramos al pasado y lo encendiéramos, ¿funcionaría? ¿O las leyes de la naturaleza fueron cambiando con el tiempo a medida que los seres humanos las descubrían? ¿Y si las leyes naturales no hubieran sido descubiertas, sino desplazadas y modificadas gradualmente por la conciencia humana colectiva?

Sin embargo, esa visión de la ciencia y de la realidad probablemente resultaría contraproducente en este momento, cuando la ciencia consigue hacer avanzar el conocimiento de manera casi milagrosa mediante sus procedimientos tradicionales. En cualquier caso, creo que conviene tener presente esta explicación de la realidad como alternativa al pensamiento habitual.

La alternativa centrada en la percepción no propone como fuente de verdad acerca de cuanto nos rodea y de nosotros mismos unas leyes naturales externas, supuestamente independientes del observador último. Ofrece, en cambio, explicaciones que sitúan en el centro del universo la conciencia de ese observador. En este momento, por tanto, la de usted, que lee estas líneas. A través de mi conciencia, que realmente existe, acaba de convertirse en el centro del universo.

Vivir experiencias malas y desagradables también es una parte inseparable de la vida. Es necesario para poder distinguir el bien del mal. Si uno solo experimentara cosas agradables, al cabo de un tiempo dejaría de apreciar su valor positivo y todo se fundiría en una mezcolanza en la que no sería posible distinguir qué cosas son mejores que otras. Por eso las experiencias negativas son un elemento muy importante y necesario de la vivencia.

El secreto de una vida satisfactoria y plena consiste en dosificar las experiencias positivas y negativas de tal manera que las negativas nos proporcionen una perspectiva adecuada de lo que está bien y lo que está mal, y que después lleguen experiencias positivas que compensen lo negativo y nos den una sensación de satisfacción.

Imagine que tuviera la lámpara maravillosa de Aladino y que el genio pudiera concederle cualquier deseo. Primero pediría resolver aquello que siempre le ha preocupado: más dinero, mejor salud, un aspecto más atractivo, etcétera. Pero, al cabo de un tiempo, se cansaría: tenerlo todo sin el menor esfuerzo acabaría por resultar aburrido.

Así que desearía cosas que encerraran un elemento de sorpresa, para no tenerlo todo conscientemente bajo control. Con el tiempo, comprendería que incluso un juego infinito de giros y acontecimientos inesperados sigue estando «bajo su propia dirección». Empezaría a desear que hubiera límites reales y reglas que usted mismo no pudiera quebrantar.

Al final, desearía olvidarse de la lámpara mágica y del poder infinito. Querría una realidad completamente real, perder la conciencia de que es usted quien lo crea todo. Y en ese instante se encontraría exactamente en una vida como la que vivimos ahora: una en la que no sabemos qué vendrá, en la que nos esforzamos, luchamos, aprendemos, sufrimos y disfrutamos.

Uno ya no quiere posibilidades infinitas, sino una vida «en su justa medida»:

- con suficiente incertidumbre para que sea interesante,
- con suficiente sufrimiento para que tenga sentido,
- con suficiente alegría para que merezca la pena vivirla.

Y así se cierra el círculo: el deseo infinito acaba convirtiéndose en el anhelo de una vida corriente, real y concreta. Querría una vida real, tal como es. Con miedo, con dolor, pero también con alegría. Con todo lo que la hace verdadera.

La humanidad se encuentra hoy en un punto en el que le aguarda una etapa relativamente feliz: gracias a la tecnología y a los avances de la medicina, podremos vivir potencialmente para siempre y, al mismo tiempo, jugar a ser omnipotentes en mundos propios que crearemos con tecnologías como la realidad virtual. Así, en el plano físico primario, donde estará en juego todo, la vida misma, la humanidad seguirá sujeta a las reglas de la vida real tal como la conocemos. En ella podrán seguir existiendo el dolor y el sufrimiento, pero el progreso tecnológico y la elevación de los criterios morales probablemente reducirán al mínimo esas facetas negativas. La vida será tan buena y tendrá tanta calidad que algo como alistarse para una guerra porque a alguien se le haya ocurrido invadir un país vecino resultará completamente inconcebible. Hoy algo así solo es posible porque la calidad de vida en un país semejante es tan pobre que la posibilidad de morir en el campo de batalla, en el fondo, no supone un precio tan alto.

Creo que, para experimentar y dosificar adecuadamente los aspectos negativos de la vida, se crearán simulaciones en mundos virtuales que podrán interrumpirse y abandonarse en cualquier momento sin perder la continuidad de la conciencia.

Las personas crearán mundos propios a partir de sus ideas, tan innovadores y estimulantes que se invitarán unas a otras a visitarlos y valorarán las experiencias vividas en ellos. Esta será una nueva forma de socialización que surgirá después del perfeccionamiento de la interfaz entre el ser humano y la máquina y de la posterior expansión de la realidad virtual.

Este libro aspira a ayudar a la humanidad en su transición hacia una sociedad ilustrada en la que los problemas del mundo actual no sean más que un recuerdo desagradable de un pasado lejano. Aspira a hacerlo utilizando los relatos de mi propia vida como trasfondo para arrojar luz y ofrecer mi perspectiva, debidamente explicada, sobre distintos ámbitos en los que, a mi juicio, la humanidad anda a tientas de forma innecesaria y perjudicial. Intentaré aportar una visión de muchas cuestiones cuyas premisas fundamentales queden claras al ilustrarlas con experiencias concretas de mi vida.

Una parte específica del libro estará dedicada a mi proyecto Viditeľné peniaze. El proyecto trata de transformar la sociedad de manera que sus incentivos económicos y morales fundamentales actúen a favor de un nuevo orden mundial. Un orden justo hasta la médula y de elevada moralidad, no solo en las relaciones persona => persona y persona => naturaleza, sino también en las relaciones persona => Estado y viceversa.

Les invito, pues, a recorrer mi vida, en el umbral de la construcción de un mundo nuevo. Un mundo en el que las tecnologías abrirán las puertas del paraíso a la humanidad y al planeta entero. A pesar de la agitación y la polarización de la sociedad actual, creo que, en realidad, con un poco de suerte bastaría muy poco para que la humanidad entrara en la que quizá sea la fase final de su propia historia exterior y realizara plenamente, de manera positiva, su potencial. El libro describe una transformación fundamental de la sociedad: social, económica, política, colectiva y, tal vez, también religiosa.

Todos los relatos de mi vida tienen una base real, y he procurado no eludir siquiera aquellos que no me muestran de forma favorable. Intento ofrecer una imagen fiel de mi mundo interior. Solo he omitido aquello que no aporta ningún valor a mi relato o cuya publicación podría perjudicar o herir a alguien.

3 El cielo sobre Klokočina

Klokočina se había sumido en la oscuridad antes de la tormenta. Las nubes colgaban bajas, el aire era pesado y, en el piso de la quinta planta, el silbido infantil se quebró de pronto. El cuerpecito, abrasado por la varicela, cede de repente: los ojos se le ponen en blanco, las rodillas se doblan y el niño se desploma, inerte como un muñeco de trapo.

—Se ha… desmayado —dijo la mujer, más en un susurro que en un grito.

El hombre no vaciló. Agarró al niño, lo apretó contra su pecho y salió corriendo al pasillo. La luz del sensor se encendió tarde; sus pasos retumbaban en la escalera vacía. Y él corría, pero no hacia abajo, sino hacia arriba, como si allí estuviera la respuesta. El sexto rellano, el séptimo. Le ardía el pecho, la respiración se le entrecortaba.

—¡Jaro, hacia abajo! —gritó la mujer desde un piso más abajo—. ¡Al coche, a urgencias!

Se detuvo en el rellano más alto. Miró a Peťko: los ojos vueltos, el cuerpecito sin fuerzas. En aquel vacío comprendió lo que había hecho. «Dios mío…», se le escapó, más exhalado que pronunciado.

Y justo entonces algo se movió afuera. Había estado nublado toda la tarde, pero al oeste se abrió por un instante una estrecha rendija entre las nubes. El sol poniente encontró el ángulo exacto: una fina franja de luz atravesó la abertura, se deslizó por la ventana sucia del rellano y se posó en la escalera como una cálida cinta anaranjada.

Por un segundo, la mano del hombre dejó de temblar. El pequeño cuerpo hizo un movimiento breve, apenas perceptible. Luego otro. La mujer se detuvo dos peldaños más abajo y se llevó una mano a la boca.

—Ha vuelto en sí —dijo el hombre, incrédulo, casi para sus adentros. Con el pulgar le limpió la saliva al niño y le pasó la palma por la cara.

El rayo de luz duró apenas unos latidos. Las nubes volvieron a cerrarse, el naranja se apagó y la escalera regresó a su penumbra gris. De pronto, el rumbo estaba claro.

—Vamos —dijo con firmeza.

La mujer se volvió para buscar las llaves. El hombre estrechó a Peťko con más cuidado, no como una carga, sino como un regalo, y esta vez se encaminó hacia abajo. En la pared solo quedó una tenue franja de calor que se desvanecía deprisa. Pero en ambos permaneció un punto preciso: aquel instante breve y silencioso en que las nubes se apartaron justo cuando lo necesitaban.

Este relato se basa en gran medida en un episodio real de mi infancia que mi madre me contaba a menudo. De niño era muy enfermizo y, en una ocasión, perdí de verdad el conocimiento. Mi padre, en lugar de bajar corriendo conmigo al coche, se dirigió instintivamente en sentido contrario, algo que quizá acabó influyendo de manera positiva en el desenlace de esta historia.

4 Serafína

«Intenta aprendértelo de memoria», me dijo junto a los fogones, mientras removía la olla con una gran cuchara de madera. El vapor ascendía hacia el techo y, con él, el aroma de la mermelada. «Ya me lo sé», contesté, y empecé sin vacilar: «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén».

La mujer junto a los fogones era mi abuela, la abuelita, como la llamábamos todos. Llevaba un nombre que jamás he vuelto a oír en ninguna otra persona viva: Serafína. Al parecer, en un principio iba a llamarse Alžbeta, pero durante el bautizo su madrina pronunció de improviso otro nombre, y con él se quedó. Una vez, mientras curioseaba el significado de los nombres, encontré una explicación que le encajaba hasta en el último detalle: los serafines, seres angélicos que cantan sin cesar en el cielo para gloria de Dios. Ella cantó para gloria de Dios con toda su vida.

Su influencia en mi vida espiritual comenzó, literalmente, con mi primera respiración. El párroco católico se negó a bautizarme: mi padre era luterano y mi madre católica; los matrimonios mixtos no eran entonces un asunto sencillo desde el punto de vista religioso. Mi abuela no solía esperar a que el mundo decidiera por ella. Llenó un cuenco de agua, trazó sobre mí la señal de la cruz y susurró las palabras que, unos años después, volvería a oír de labios de un sacerdote. Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo…

Me bautizó ella misma, serena y firme, como si lo hubiera hecho toda la vida.

Los años pasaron. Tras la caída del régimen, cuando las puertas de las iglesias dejaron de entornarse a escondidas y la fe volvió a respirar con libertad, me tomó de la mano una vez más. Se encargó de que todo lo que debía hacerse se hiciera: el bautismo resonó en voz alta en la iglesia y, después, llegaron también la primera comunión y la confirmación.

Hoy sé que mi camino hacia la fe no comenzó con la teología, sino con el vapor que ascendía de una olla y con la voz de una mujer que creía con todo su ser. Y sé que estoy bautizado dos veces: una por ella, poco después de nacer, cuando por un instante se convirtió en sacerdote; y otra junto a ella, cuando se convirtió en mi madrina. Entre esos dos bautismos transcurrió la mayor parte de mi infancia.

5 La primera infancia

Entre mis recuerdos más antiguos están las clases de los primeros cursos de la escuela; más concretamente, aquella época en la que ya sabía leer y, de pronto, mi mundo se amplió hasta abarcar todo lo que cabe entre las dos tapas de un libro. Devoraba cuanto caía en mis manos. Primero las novelas de May: caballos veloces, palabras limpias, un honor afilado como un cuchillo. Me dejaron en el corazón la firme convicción de que alguien debía proteger a los más débiles, y por ahí empezó a formarse mi sentido de la justicia.

No tardó en instalarse Jules Verne en mis estanterías. Sus novelas, al afinar mi imaginación, me inculcaron respeto por el progreso técnico: no como un truco que se justifica a sí mismo, sino como una herramienta que hace avanzar a las personas.

También en la escuela había frutos que recoger. En clase de historia escuché por primera vez la historia de Pedro el Grande: cómo se hizo contratar durante un tiempo en los astilleros de Europa occidental para aprender el oficio y luego trasladar lo que había visto y aprendido a los astilleros rusos y, finalmente, a la administración del zarato. Me fascinaban la sencillez y, al mismo tiempo, la genialidad de su manera de actuar. Me quedó una conclusión clara: quien quiera gobernar realmente bien debe entender también los aspectos técnicos, esas cosas importantes sobre las que se sostienen el Estado, el comercio, los oficios y la economía en su conjunto.

Un impulso decisivo para mi crecimiento como lector fue la amistad con mi compañero Rasťo. Nos retábamos a ver quién había leído qué y quién traería la siguiente «presa». Rasťo tenía el don de descubrir un libro incluso donde a uno no se le ocurriría buscarlo. Devoré mi primer libro de Tarzán, el señor de los monos, gracias a unas entregas de periódico cosidas entre sí que su padre había reunido de niño. El papel estaba amarillento y los bordes deshilachados, pero la historia resplandecía. Faltaban algunas páginas; la imaginación tuvo que escribirlas por su cuenta. Aquello también era un aprendizaje: aprender a llenar los vacíos en lugar de dejarse detener por ellos.

La madre de Rasťo enseñaba matemáticas en la escuela de al lado. Para nosotros aquello significaba algo más que buenas notas. Cuando hacía falta, nos daba clases de refuerzo con paciencia, nos preparaba para los exámenes de ingreso y, sobre todo, nos enseñaba a preguntar. Una vez acudí a ella con mi pequeña rebelión matemática.

—¿Por qué no es válida la operación de dividir entre cero? —solté—. Si dividimos un número positivo entre cero, el resultado debería ser infinito.

Sonrió, pero en los ojos tenía aquella proverbial serenidad de maestra que no apaga la curiosidad, sino que la encauza.

—¿Cuánto es 3 : 0? —preguntó.

—Infinito —respondí sin vacilar.

—¿Y cuánto es infinito por 0?

—Cero —dije tras una breve pausa.

—Pues ya ves —dijo en voz baja—. La comprobación no te sale.

No se estaba burlando. Entonces comprendí que en las matemáticas, igual que en los libros, no basta con una idea atractiva: importa también la coherencia de las reglas que mantienen unido el mundo. Desde aquel momento miré los «infinitos», las reglas establecidas y los conocimientos aceptados con mayor humildad.

6 La educación religiosa

Tras la liberalización religiosa de 1989, cuando yo tenía diez años, asistí por primera vez a una misa de verdad. Una vez más, fui con Rasťo al centro de Nitra, a la iglesia de la calle Farská. Creo que subimos al coro lateral izquierdo para ver mejor. Durante la consagración y la comunión ocurrió algo extraño. Mientras miraba hacia el altar, vi de pronto una luz que empezó a crecer como una explosión. En un instante nos envolvió a mí y a toda la iglesia. Me desmayé y solo volví en mí cuando una señora que estaba sentada a nuestro lado me dio unas palmadas en la cara.

Cuando mi madre y mi abuela se enteraron, durante un tiempo se plantearon si era conveniente que siguiera asistiendo a misa, pero, por fortuna, no volvió a suceder en mis siguientes visitas a la iglesia. Pensé que tenía curiosidad por saber qué ocurriría cuando yo mismo recibiera la comunión, si el mero hecho de contemplar el momento culminante de la misa, cuando, según la liturgia católica, el sacerdote transforma el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, había hecho que me desmayara.

Parece que esa sensibilidad hacia la liturgia católica nos venía de familia, porque unos años después mi abuela me contó que durante la comunión había visto sobre las hostias una especie de cruces luminosas, plateadas, suspendidas en el aire. Según ella, el sacerdote también debía de haberlas visto, porque sus reacciones lo indicaban claramente. En circunstancias normales no habría dado importancia a semejante relato de una persona ya bastante mayor, a la que podían engañar los sentidos; sin embargo, lo que me contaba me recordó mi propia experiencia con aquella luz que se extendía desde el centro de la liturgia.

Mi abuela se encargó de que, poco después de la caída del régimen, empezara a ir a catequesis para prepararme para el bautismo y la primera comunión. Creo que iba todos los domingos a la iglesia de Mlynárce, donde se impartía la preparación. Siempre seguía el mismo camino, que pasaba junto a una casa cerca de la cual crecía un gran cerezo. Un día, al pasar, las cerezas estaban madurando: grandes, sabrosas, con forma de corazón. Al final resultó que en el futuro volvería muy a menudo a aquel árbol. Todavía hoy pruebo sus frutos cada año, entre finales de mayo y principios de junio. Como si estuviera destinado a mí. A veces tengo la sensación de que mi vida está predeterminada en gran medida y que mi única tarea consiste en recoger correctamente todos los indicios y cumplir mi destino.

7 El instituto de enseñanza secundaria y un rumbo claro para mi futura carrera

Al terminar la escuela, me encontré ante la decisión de dónde continuar mis estudios. Asistí algunas veces a la preparación para los exámenes de ingreso en la clase para alumnos con talento matemático del Párovské gymnázium. Descubrí que quizá yo no tuviera tanto talento para las matemáticas, porque allí había chicos de mi edad que debían de contar con mejores bases: habían estudiado en una escuela especializada en alumnos con aptitudes matemáticas y respondían al profesor con mucha más agilidad que yo. Yo también había hecho las pruebas de acceso a esa escuela especializada, y me habían admitido, pero quedaba lejos, en el otro extremo de la ciudad, y mis padres consideraron que no compensaba la complicación de desplazarse hasta allí todos los días.

En aquella preparación de matemáticas me fijé en uno de mis futuros compañeros que, pese a no haber asistido a la escuela especializada que he mencionado, destacaba por encima de todos: Tibor.

Finalmente me decidí por un instituto que tenía una clase especializada con formación ampliada en programación, no en matemáticas. Y es que, en séptimo u octavo curso, mis padres me habían comprado mi primer ordenador, un PC AT 386SX, por lo que entonces era una fortuna. Lo mío con los ordenadores fue amor al primer comando. En ello tuvo un papel importante mi tío Zdeno, hermano de mi padre. Dirigía una empresa especializada en la venta de ordenadores. Su mujer, mi tía Katka, era profesora en la escuela a la que yo iba. Una vez me preguntó si quería ir a su casa a ver el ordenador nuevo que tenían. No lo dudé ni un segundo, y aquel mismo día me pasé dos horas rondando delante de su casa hasta que mi prima volvió de la escuela y me dejó entrar para verlo.

Solo era un Commodore 64, pero, al ver todos lo mucho que me entusiasmaba, mi padre habló con mi tío y concluyó acertadamente que sería sensato apoyar aquella pasión, porque los ordenadores eran el futuro y algún día podrían darme de comer. Después de aprobar los exámenes de ingreso en la clase de programación, mi destino quedó sellado: sería programador o, como empezó a decirse más tarde, ingeniero de software.

8 El primer año en el instituto

El primer año en el instituto supuso para mí, en cierta medida, un choque. De pronto ya no era el mejor alumno en todo, salvo en música, como lo había sido en la escuela. Había chicos que eran claramente mejores en matemáticas, física y también en otras materias, como los idiomas. La primera sacudida llegó en la segunda clase de programación, cuando la profesora me llamó a responder sin que yo estuviera en absoluto preparado. En aquella segunda clase saqué un tres en una prueba oral de la asignatura en la que quería destacar: programación. Hasta entonces, aquello había sido inconcebible para mí. Comprendí enseguida que no sería tan fácil como en la escuela, donde me bastaba con repasar durante el recreo lo que habíamos estudiado en la clase anterior para sacar siempre unos.

Aquí había que trabajar de verdad. Prepararse seriamente para cada clase, al menos lo suficiente para que una pregunta oral o un examen inesperado no me perjudicaran tanto como para impedirme conseguir un uno en la nota final de la asignatura. Durante el primer semestre me propuse sacar solo unos, pero la profesora de historia me hizo cambiar de objetivo. Hacia el final del semestre me ofrecí a responder y expliqué que quería un uno porque aspiraba a obtener la máxima nota en todas las asignaturas. Ella me cortó diciendo que en el instituto solo las chicas sacaban todo unos, que en los chicos no era normal. Desde entonces dejé de obsesionarme tanto con las notas y terminé con un único dos, en geografía, donde había estropeado uno de los últimos exámenes.

Hacia el final del primer semestre fuimos de excursión a esquiar con la clase. Solo había tres chicas en nuestro grupo. Tenía catorce años, estaba en plena pubertad y las hormonas me hervían. Otro compañero, Peťo, y yo intentamos conquistar a la misma compañera. Peťo tuvo más suerte y empezaron a salir. De rabia y frustración, pensé que iba a reventar. No podía hacer nada. Al menos, nada físico. Así que volqué toda aquella ira hacia dentro. Imaginaba y visualizaba con enorme intensidad cómo la cabeza de Peťo estallaba por sí sola. Nunca le habría hecho nada en la realidad, pero esa era mi manera de afrontar el fracaso. No sé si aquella intensa visualización perjudicó de algún modo a Peťo o no; lo cierto es que, años después, tuvo un hijo con autismo. Pero ocurrió con su segundo hijo, así que espero no haber tenido de verdad ninguna responsabilidad. Una vez, en un encuentro de antiguos compañeros, se lo recordé a Peťo; no parecía relacionar ambas cosas ni ver un vínculo directo entre ellas. Lo cuento, sobre todo, para que mi confesión sea completa.

Otro episodio relacionado con aquel despertar de las hormonas y con lo mal que estaba llevando ese aspecto de la pubertad ocurrió en casa de mi abuela. Hubo un breve período en el que, aunque sabía que algún día me avergonzaría de ello, tendía a importunar ligeramente a mi prima. Escribo aquí semejante tontería porque me pesa en la conciencia y como una forma de disculpa. Por fortuna, duró muy poco. Por entonces empecé a salir con Katka; mis hormonas encontraron otro objetivo, más legítimo, y después todo volvió, más o menos, a su cauce.

Mi relación con Katka duró diez años, desde los catorce hasta los veinticuatro. Gracias a ella, viví durante diez años una relación ejemplar. Katka tenía una visión muy conservadora de las cuestiones de pareja: nunca nos fuimos infieles. Creo que mi naturaleza es algo más librepensadora que la forma en que ella entendía esas cosas. Katka consideraba la sexualidad algo que debía reservarse exclusivamente a una sola persona. Esa visión procede de la concepción tradicional y conservadora de las relaciones y se presenta como modelo, sobre todo, porque reduce al mínimo la aparición de conflictos en la sociedad. No cometerás adulterio es, al fin y al

cabo, uno de los mandamientos del decálogo de Moisés. Hasta ahora, los hijos nacidos fuera del matrimonio, por ejemplo, se han considerado consecuencias estigmatizantes de la transgresión de las normas morales. Que haya sido así hasta el presente es, de nuevo, una consecuencia de la lucha por unos recursos limitados. Un hijo extramatrimonial o un hijastro es una fuente constante de problemas en cualquier relación, desde su nacimiento hasta la muerte de los cónyuges, e incluso después, a través de las complicaciones de la sucesión. A mi juicio, la sexualidad debería aportar a la persona, ante todo y en una medida razonable, alegría.

Si se resuelve el problema de repartir los recursos de una manera verdaderamente justa en la sociedad, es decir, si deja de existir el problema ancestral de la lucha por ellos, la visión de la sexualidad de la mayoría de la sociedad se volverá mucho más liberal. En una sociedad moderna y desarrollada habrá tal abundancia que cualquier temor por el patrimonio y la seguridad material dejará de tener sentido.

Sencillamente, el conservadurismo tradicional se apoya en premisas que cambiarán en un futuro próximo, y esa visión dejará de ser vigente. Creo que dedicar de forma exclusiva tiempo a la familia durante la crianza de los hijos seguirá desempeñando un papel importante en la sociedad. Pero, una vez que los hijos hayan alcanzado los primeros años de la edad adulta y comprendan cómo funcionan las relaciones, permanecer toda la vida en una sola relación me parece contrario a la naturaleza humana. Sobre todo si tenemos en cuenta que, con gran probabilidad, los avances de la medicina permitirán a las personas vivir durante un tiempo ilimitado.

Para concluir: cuando una pareja tiene hijos pequeños, es socialmente deseable que ambos padres los críen, y sería bueno que se notara que se quieren. El niño debe sentir que es fruto y encarnación del amor entre dos personas que, al concebirlo, asumieron un compromiso considerable. Sin embargo, algo como lo que hoy se promete en las bodas religiosas, «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», hasta el final de la vida, resulta demasiado restrictivo y no encaja con la naturaleza lúdica del ser humano. Una consecuencia natural de la transformación del orden mundial hacia una distribución justa de los recursos será el cambio también en este ámbito.

9 El funeral de la madre de mi padre

Durante mis años de instituto murió la madre de mi padre, mi otra abuela, la paterna. No tenía con ella tanta cercanía como con la madre de mi madre. En el funeral observé a mi padre con mucha atención. Se me había metido en la cabeza que, si su muerte lo había afectado profundamente, haría todo lo posible por revertirla, a pesar de que llevaba ya varios días muerta. Mi padre advirtió que lo miraba con intensidad y en ese momento derramó una lágrima. No necesité más. Concentré toda mi energía mental en que mi abuela despertara. La llamé de vuelta con tanta fuerza desde mi conciencia que estuve otra vez a punto de desmayarme. Mi tía, que estaba a mi lado, tuvo que sostenerme.

Aquella fue mi primera experiencia verdaderamente brutal con la muerte: parecía que no estaba en mis manos revertir algo así, por mucho que lo deseara. Unos años después, poco después de separarme de Katka, unos compañeros de la universidad fueron a visitarme a Praga, donde vivía entonces. Estábamos en un bar al que había ido a divertirse un grupo de tres chicas. Una de ellas se llamaba Karolína, igual que mi abuela fallecida. No había pensado en absoluto en su nombre, pero, cuando le comenté a mi padre que estaba saliendo con Karolína, se quedó de piedra. Entonces comprendí que él sabía muy bien lo que me había propuesto durante el funeral y que veía mi relación con una posible Karolína Bošková como una especie de cumplimiento de aquel propósito. Yo no había empezado a salir con ella con esa intención en absoluto. Al final, la relación se fue apagando. Me quedó la lección de que probablemente no puedo revertir cosas como la muerte de un ser querido, pero que el esfuerzo mental realizado en un momento dado quizá se manifieste más adelante de una forma inesperada y, en cierto modo, vuelva a mí como un bumerán.

10 Mis primeros proyectos de programación

En el primer curso, después de aprender los fundamentos de Pascal, me lancé a mi primer proyecto: un programa en el que se podía dibujar con el ratón sobre un lienzo, de forma parecida a Paintbrush en Windows.

Armé una primera versión que debía de contener todos los errores de principiante que puede cometer un programador. En aquel momento aún no sabía qué eran los procedimientos y las funciones, así que lo había metido todo en el bucle principal del programa. En fin, un desastre absoluto. Cuando necesité guardar en un archivo lo que el usuario había dibujado, tuve que pedir ayuda a Áron, un compañero de un curso superior. Al ver aquel caos, me creó una primera función para guardar y otra para cargar desde el archivo. Cuando me lo devolvió terminado, comentó: «Y aprende a hacer procedimientos y funciones». Más adelante, Áron volvió a influir de forma decisiva en mi vida como programador. Junto con unos compañeros de su clase muy capaces, consiguió crear la primera aventura gráfica eslovaca, un videojuego que llegó a venderse comercialmente. A su alrededor surgió toda una comunidad de programadores, artistas gráficos y guionistas que intentaban emular su éxito. Tibor y yo, con la ayuda de otros compañeros, llegamos a tener un motor de animación con gráficos SVGA de 640 × 480 y 256 colores. Es decir, en la pantalla había un fondo por el que se podía desplazar la vista y, en primer plano, figuras de soldados y tanques. Se podía hacer clic en cualquiera de ellos e indicar adónde debía moverse el soldado o el tanque. Al dar la orden, la figura marchaba hasta el lugar señalado. Podían avanzar varias a la vez y no entraban en las zonas prohibidas, delimitadas por polígonos cerrados. Tibor programó, mediante el algoritmo de Dijkstra, la búsqueda del camino más corto entre dos puntos cualesquiera, de modo que la figura no entrara en ninguna zona prohibida delimitada por un polígono. En aquella época todavía no existía ningún otro juego terminado que tuviera resolución SVGA. La razón era que hasta entonces no había existido un lenguaje de programación que permitiera almacenar más de 64 KB de datos en una sola variable. Eso solo alcanzaba para una resolución de 320 × 200 y 256 colores. Con Watcom C/C++, en el que lo hicimos siguiendo el ejemplo de Áron, aquello ya era posible.

Nuestra gran obra estaba lejos de tener potencial comercial, pero me ayudó mucho a conseguir trabajos más adelante. Cada vez que se la enseñaba a alguien, la reacción era del tipo: «Aquí se desperdiciaría tu talento; deberías seguir con esto». Todavía conservo el código fuente del juego y, cuando tengo un momento de debilidad o atravieso una dificultad, lo pongo en marcha para recordarme que las cosas no pueden estar tan mal como quizá parecen, si Tibor y yo ya éramos capaces de hacer aquello con catorce años.



11 La Universidad de Economía

A la hora de decidir en qué universidad estudiaría después del instituto, la programación tuvo, por supuesto, un papel primordial. Había centros de orientación técnica, como la Facultad de Electrotecnia e Informática (FEI) de la Universidad Tecnológica Eslovaca, o incluso la propia MatFyz. En las pruebas de ingreso de MatFyz quedó claro que mi talento matemático no era tan excepcional como para que no me costara estudiar allí. Gracias a Dios, ni siquiera aprobé el examen de acceso. Más adelante conocí en varias ocasiones a personas que no habían podido con MatFyz y habían acabado, por ejemplo, en la Universidad de Economía. Cada vez que lo veía, agradecía no haber terminado igual y haber elegido bien a la primera. En la FEI me admitieron sin examen, gracias a mis resultados en el instituto. Pero no quería ir allí, porque el primer año exigía un esfuerzo enorme y terminaba con una gran criba en la que expulsaban a decenas de cada cien alumnos. En mi elección de la Universidad de Economía influyó bastante Tibor, que había querido ir allí desde el principio. A mí empezó a parecerme una buena opción, sobre todo después de oír un par de bromas: decían que era la universidad del tranvía y que solo dejaba de terminarla quien acabara atropellado por uno en Bratislava. Eso significaba que probablemente podría compaginar los estudios con el trabajo, una reflexión que más tarde resultó muy sensata y acertada.

Un amigo que hacía las pruebas de acceso el mismo día y estaba sentado delante de mí contribuyó a que obtuviera unos resultados muy buenos. Conseguí copiarle los tres últimos problemas de matemáticas, que no había alcanzado a resolver en el tiempo asignado. Fue entonces cuando comprendí por primera vez, con cierta profundidad, que más importante que poseer determinadas capacidades es mantener buenas relaciones con quienes las tienen. Y después aprovechar los efectos de red de esos contactos. Habría entrado en la universidad incluso sin aquella pequeña trampa, pero no habría quedado tan alto en la lista de resultados ni me habrían asignado después, en la residencia, una habitación con los compañeros con los que acabé viviendo.

Durante las primeras semanas de universidad empecé a buscar trabajo. Internet estaba todavía prácticamente en pañales en Eslovaquia, pero, gracias a la dirección de correo electrónico que me asignaron y al acceso a internet desde las aulas, conseguí enseguida una entrevista con alguien de Slovenská sporiteľňa. Cuando llegué a la sucursal del banco y entré en su despacho, todo transcurrió extraordinariamente bien. Bastó con enseñarle mi proyecto de los soldados y el tanque en movimiento para que lo tuviera claro. Me llevó de inmediato a las oficinas de Asset, la empresa que entonces suministraba el sistema informático bancario de Slovenská sporiteľňa. Me presentó al responsable del proyecto Cenné papiere, Julo Petrenko. Julo era algo más joven que mi padre y conectamos desde el primer momento. Cuando entramos en su despacho, tenía los pies sobre la mesa y estaba cubierto de restos de semillas de calabaza, que siguió pelando sin el menor reparo durante toda mi entrevista. El hombre del banco le habló de mi proyecto de los soldaditos y terminamos cerrando el trato con un apretón de manos. Me entregaron un manual de unas setecientas páginas del sistema de bases de datos Oracle y quedamos en que volvería la semana siguiente, después de repasarlo. Julo empezó a llamarme «joven» y yo a él «Július». Sospechaba que no le gustaba demasiado, pero no tenía elección; después de lo que había visto en la entrevista, el nombre le encajaba de algún modo.

Durante el primer semestre de universidad fui comprobando hasta qué punto era necesario asistir a las clases teóricas: algunos profesores lo exigían; con otros bastaba con ir más o menos preparado a las prácticas obligatorias. Trabajar en la empresa que suministraba el sistema informático del mayor banco eslovaco resultó ser una ventaja enorme. Para aprobar la parte

práctica de informática había que preparar un proyecto sencillo de base de datos que demostrara los fundamentos de la normalización y del diseño. Lo terminé en aproximadamente una hora y media; se titulaba Gestión de carteras de valores. Dibujé cuidadosamente las tablas: la de carteras, la de tipos de valores y las relaciones M:N entre el cliente, la cartera y las listas de valores que poseía. Cuando lo entregué, todos se quedaron mirando. El profesor de prácticas me preguntó: «¿Y sabe siquiera lo que es una cartera?». Le respondí que trabajaba en la empresa que desarrollaba el sistema informático de Slovenská sporiteľňa. En el proyecto Cenné papiere. Se quedó un momento con la boca abierta: al fin y al cabo, un alumno de primero que ya hubiera conseguido un trabajo así y lograra compaginarlo con los estudios no debía de ser algo habitual.

La primera época de exámenes también me sirvió para comprobar hasta dónde podía llegar. Mi objetivo era reducir al mínimo el tiempo de estudio, sacar al menos un tres y dedicar el mayor tiempo posible al trabajo. Julo me picaba con ello: decía que sus conocidos de Economía dedicaban como mucho tres días a preparar cada examen. Yo le respondía que era mi primera convocatoria y que no quería subestimarla. El primer examen, justo después de Navidad, era de una asignatura clave: Teoría Económica General, VET. Era el gran temor de todos los alumnos de primero. Por fortuna, me había tocado probablemente la mejor profesora posible: había que saber, sí, pero, si uno lo demostraba, no se iba sin al menos un tres. Regresé a la residencia después de Navidad, de buen humor y con la materia estudiada, y la noche antes del examen veía la victoria clarísima. Y así fue. Saqué un uno. Es cierto que me tocó probablemente la pregunta más fácil: la relación entre demanda, oferta y precio en el libre mercado. La examinadora comentó que, nada más empezar, ya me había tocado una pregunta tan sencilla. Le dije que entonces sacaría otra. Se rio y me respondió que la suerte favorece a quienes están preparados y que lo dejara así.

Mi segundo examen ya no fue un camino de rosas. Era Introducción al Derecho. Lo impartía una profesora algo temperamental, que podía poner un tres con que uno recordara vagamente algo relacionado con la pregunta; la clave era no dejar ver que uno estaba muerto de miedo. En mi primer intento aún no le había cogido el punto y no conseguí ni siquiera ese tres. A medida que avanzaba la convocatoria y acumulaba exámenes aprobados, hablé con varios compañeros sobre el de Derecho. Oí historias de quienes habían leído el manual el día anterior y habían sacado un tres sin problema. Me preguntaba dónde estaría el truco, hasta que, escuchando a un compañero, lo comprendí. Me contó que había hablado con ella de su trabajo. Sencillamente, la profesora lo había visto como a un igual. Mediante aquella conversación, él había salido, por así decirlo, del papel de estudiante que suplica una nota y le había dado a entender que, en realidad, estaban al mismo nivel. Con esa lección aprendida volví al examen. Le conté lo que sabía sobre la pregunta que me había tocado, procurando no dejar entrever lo angustiado que estaba por salir de allí con una nota de aprobado. Fingí que, más o menos, me daba igual, y eso acabó funcionando. Fue una de esas notas que conseguí más por el análisis psicológico de quien me examinaba que por mis conocimientos. Aprenderme todo un manual de Derecho de unas cuatrocientas páginas me resultaba bastante difícil, porque ni siquiera me entretenía leerlo, y mucho menos estudiarlo. Después habría más exámenes en los que el análisis del examinador desempeñaría un papel importante, pero este fue el primer problema potencialmente considerable del primer curso y me enseñó mucho para el futuro.

Katka y yo pasamos el primer verano universitario alojados en una residencia cercana a mi trabajo. Poco a poco empecé a ganar más de lo que ganaban entonces mis padres juntos. También contribuí mucho a ello al darme de alta como autónomo y optimizar mis impuestos y cotizaciones. En lugar de quizá un 50 %, que era lo que se pagaba entonces entre impuestos y cotizaciones por

un empleado con contrato laboral ordinario, yo pagaba bastante menos, tal vez alrededor de un 25 %. Así me quedaba mucho más dinero neto y, cuando terminé la universidad, había ahorrado lo suficiente para comprar al contado mi primer piso de tres habitaciones en Nitra. Todavía lo conservo y representa una parte importante de mi patrimonio, ya que su precio, desde que lo compré en 2002 hasta hoy, en 2025, se ha multiplicado por más de seis.

Mientras trabajaba en Asset viví una experiencia que me mostró cómo hay que tratar a los empleados y cómo convertir una situación aparentemente irresoluble en algo beneficioso para todo el equipo. Estábamos desarrollando un proyecto para ofrecer a los clientes del banco un producto que les permitiera ahorrar mediante valores en una cartera y, al mismo tiempo, invertir el dinero sobrante que no estuviera colocado en valores en depósitos a plazo con un interés más ventajoso que el habitual. Creo que era época de elecciones y ningún empleado de Slovenská sporiteľňa se atrevía a firmar a Asset la aceptación del proyecto, porque todos esperaban el resultado electoral. Por parte del banco, es decir, del cliente, hablaba con nosotros un joven probablemente solo un poco mayor que yo. La justificación oficial que dieron para no aceptar el proyecto fue la falta de tiempo para las pruebas. Y yo, ingenuo y sin conocer ninguna de aquellas circunstancias políticas, concerté una comida con aquel joven empleado del banco para ofrecerle ayuda con las pruebas, lo que debería facilitar la aceptación oficial. Durante la comida me explicó cómo estaban realmente las cosas. Cuando Julo se enteró de que había comido con él, se armó tal revuelo que no salía de mi asombro. Ya no recuerdo los detalles exactos, pero entonces Julo me llevó a comer con el propietario de Asset, Chrenko. Durante un tiempo, Chrenko figuró o sigue figurando, según Forbes, entre los eslovacos más ricos. A juzgar por lo que ocurrió después, Julo recibió al parecer la orden de Chrenko de que el proyecto tenía que entregarse a toda costa. No sé exactamente qué ocurrió o dejó de ocurrir entre bastidores, pero me sorprendió que un estudiante insignificante, que metía el dedo en algún asunto como un idiota ingenuo, pudiera provocar semejante terremoto. Durante las semanas siguientes, Julo anduvo muy preocupado y con la cabeza llena del proyecto. Al final, tras varias peripecias, conseguimos entregarlo con éxito. Debió de pasar algo entre bastidores que nunca llegó a mis oídos; de otro modo no puedo explicármelo. Pero es posible que, sin mi ingenuo intento de resolver el problema, no se hubiera desencadenado aquella avalancha de acontecimientos. Aprendí que incluso la persona más insignificante de un proyecto puede hacer milagros. Desde entonces no subestimo a ningún miembro de mi equipo, porque quienes parecen llevar las de perder pueden acabar decidiendo las cuestiones más importantes. A menudo, quienes parecen menos importantes en un proyecto tienen en realidad su mente comprometida con su éxito, en el sentido de que dominan con mucha más fuerza los elementos de la realidad de los que ese éxito depende.

Pasé mi segundo verano universitario en la residencia de Horský park que pertenecía a la Universidad de Economía, donde también vivía durante el curso. En el trabajo tenía una nueva compañera, Ľudmila, que también se había graduado en Economía. Era bastante capaz, pero lo que más me sorprendía de ella eran sus incursiones en terrenos en los que yo probablemente no me habría adentrado por mi cuenta. Tenía cierta afición a una música gótica más bien oscura y le gustaba vestir de negro, aunque tampoco le costaba ponerse una peluca de un azul intenso e ir así a trabajar. Ľudmila me habló de la obra de un tal František Bardon, a quien le gustaba que lo llamaran mago blanco y que había escrito unos cuantos libros concebidos como una especie de guía práctica para convertirse en un verdadero mago. Al parecer, primero los nazis lo habían encarcelado en Alemania y, después, los comunistas en Eslovaquia. Por curiosidad leí algunos de sus libros. Ciertas cosas que describía resultaban bastante inspiradoras, sus explicaciones sobre el

funcionamiento de determinados fenómenos. Cuando probé algunos de los ejercicios que recomendaba, por ejemplo, concentrarme en vigilar mis pensamientos y no pensar en nada, descubrí pronto que aquellos experimentos eran más perjudiciales que beneficiosos. Después de varios intentos de no pensar en nada, empecé a notar que me costaba más concentrarme en el trabajo, y esa era una línea roja que no estaba dispuesto a cruzar. Entre las otras cosas que recomendaba estaba, por ejemplo, crear un amuleto: elegir un objeto favorito y dejarlo por la noche en un lugar de difícil acceso, como encima de un armario. Cada noche había que obligarse a levantarse y tocarlo. Así se acumularía la energía empleada en levantarse en mitad de la noche y el objeto se convertiría en una especie de amuleto personal cargado de energía positiva. Nunca lo probé, pero, por la descripción, me parecía bastante probable que alguien pudiera crear de ese modo un objeto cargado de energía positiva. Desde luego, al menos podía creerlo, y eso quizá bastara para que el objeto adquiriera tales propiedades. Perdí por completo la confianza en Bardon cuando encontré en un foro de internet el testimonio de una persona que había seguido sus instrucciones y reconocía no haber conseguido absolutamente nada en el terreno de la magia blanca. Empecé a considerar aquellos ejercicios una pérdida de tiempo. Hace poco vi una comparación: un mapa del mundo tal como lo veían las personas en la Antigüedad y en la época clásica, con el Mediterráneo en el centro y, alrededor, algo que recordaba vagamente a los países que hoy conocemos, frente a un mapamundi moderno. Parecía el intento de un niño pequeño de dibujar de memoria lo que había visto en un mapa de verdad. Así me parecían exactamente los conocimientos de Bardon sobre cómo funcionan las cosas, comparados con la ciencia moderna. La magia de la sociedad moderna es la ciencia, que va afinando y precisando nuestro mapa del conocimiento. Aun así, fue un experimento inspirador leer cómo entendía el funcionamiento de la naturaleza alguien de hace menos de cien años.

12 Un verano en Estados Unidos

El verano de 2000 no lo pasé trabajando como de costumbre. Katka y yo organizamos, a través del programa Work & Travel, una estancia de trabajo de verano en Estados Unidos. Trabajamos juntos en el equipo de limpieza del parque acuático Noah's Ark, en Wisconsin Dells, una pequeña localidad turística cercana a Madison, la capital de Wisconsin.

Conocer Estados Unidos desde la perspectiva de un trabajador de temporada de un parque fue una experiencia que me marcó para toda la vida. Antes de visitarlo de verdad, pensaba que algún día me mudaría allí y desarrollaría al máximo mi carrera, porque era donde existían las mejores condiciones para hacerlo. Sin embargo, después de aquel verano supe que quedarme en Europa me resultaría mucho más cómodo. No me gustaba ni siquiera algo tan básico como la organización de las calles. Todo me parecía demasiado ancho y abierto. No había un centro urbano con callejuelas estrechas y acogedoras como en Europa. No me sentía bien allí. Tampoco ayudaba mucho Katka, que por primera vez en su vida pasaba tanto tiempo lejos de su familia y lo llevaba muy mal. Nada más empezar la estancia, después de una discusión sobre si debíamos dar media vuelta y volver a casa de inmediato, desapareció durante un rato. Recorrí Wisconsin Dells en bicicleta como un loco, imaginando lo que me dirían sus padres cuando les contara que, sencillamente, la había perdido en medio de Estados Unidos. Una situación de un estrés de mil demonios. Durante un momento llegué a pensar en serio que alguien la había secuestrado o algo así. Al final la encontré meciéndose tranquilamente en unos columpios cerca de la casa donde nos habían asignado alojamiento.

Pero aquel día quedó grabada en mi karma emocional la huella más intensa de mi vida hasta entonces. Durante un momento creí de verdad que había sucedido algo muy malo. Más adelante, cuando ya nos habíamos separado y ella trabajaba de au pair en Londres, a Katka le ocurrió algo parecido. Durante un rato buscó por Londres, con la misma angustia, a los niños que le habían confiado.



Trabajando en el parque acuático Noah's Ark, en Wisconsin Dells



Con Katka en un día libre en Wisconsin

13 Mi primer encuentro con la idea de Viditeľné peniaze: la obra de Neale Donald Walsch

Hacia el cambio de milenio leí la serie de libros Conversaciones con Dios, volúmenes 1 a 3, del escritor estadounidense Neale Donald Walsch. Son unos libros excepcionales: en ellos, el autor aborda prácticamente todos los ámbitos de la vida humana. Algunas de sus descripciones, de carácter esencialmente ontológico, sobre cómo funcionan los mecanismos que vinculan al ser humano con Dios me parecen lo más grande y elaborado que he leído jamás en este campo. Ese hombre es un genio religioso. Ya al comienzo del primer libro expone principios ontológicos fundamentales a los que yo había llegado mediante mis propias reflexiones, pero que nunca había visto reunidos y formulados con tanta claridad.

Probablemente, un ateo convencido no llegue a apreciar del todo su obra, porque el lenguaje en que está escrita no se sirve de conceptos concretos, sino que recurre a menudo a nociones como el Ser, al que además atribuye cualidades humanas: el Ser quería conocerse a sí mismo, y cosas por el estilo. Sin embargo, al leerlo, a mí todo me encajó a la perfección. Ya en las primeras páginas aborda, por ejemplo, algo tan sencillo y beneficioso como la manera correcta de rezar. Rezar bien consiste en dar gracias a Dios, en nuestro interior, por las cosas que ya nos han sucedido. Al expresar gratitud por algo que ya ha ocurrido, uno realiza, en realidad, el sentido de la vida. Porque reconoce lo que existe tal como ha sucedido: confirma que lo ocurrido fue bueno. Y esa es la música que agrada tanto a los oídos de Dios como a los humanos. Cuando alguien introduce una condición en su oración —por ejemplo, «danos hoy nuestro pan de cada día»—, en realidad está diciendo que también podría darse una situación en la que, por algún motivo, no recibiéramos ese pan. Es como si su propio hijo le recordara todos los días que necesita comer. Eso no hace falta decirlo expresamente: cualquier padre responsable lo sabe. En conjunto, el padrenuestro me parece más bien una creación de personas que intentaron comprender de algún modo su relación con Dios desde una perspectiva humana. Hay en él varios aspectos discutibles, empezando por el simple hecho de que Dios no está exclusivamente en los cielos.

El segundo libro de la trilogía también trata de un sistema social mejor. Quizá lo más adecuado sea citar un fragmento:

«Esto no es una propuesta, sino un llamamiento. Los invito a desechar todo el dinero, todos los billetes y monedas, todas las divisas nacionales, y a empezar de cero. Establezcan un sistema monetario internacional completamente abierto, verificable y transparente. Establezcan un sistema mundial de compensación que asigne créditos por los servicios prestados y débitos por los servicios utilizados y los bienes consumidos. Todo quedaría registrado. Los beneficios de las inversiones, las herencias, los premios de lotería, los sueldos y salarios, las propinas: absolutamente todo. No se podría comprar nada sin créditos. No existiría ninguna otra moneda. Todos los registros financieros estarían al alcance de cualquiera. Se dice que se puede conocer a una persona por su cuenta bancaria. Este sistema se aproxima a esa idea. Las personas sabrían mucho más unas de otras de lo que saben hoy. No solo sabrían más unas de otras, sino que sabrían más de todo. Sabrían cuánto pagan y gastan las grandes empresas, cuáles son sus costes de producción y sus precios de venta. (¿Te imaginas qué harían esas empresas si tuvieran que indicar dos precios en todos sus productos? ¿Bajarían los precios o no? ¿Se reactivaría la competencia y se reforzaría el comercio honrado? Ni siquiera puedes imaginar las consecuencias de este sistema). Las transferencias entre cuentas serían instantáneas y completamente visibles y transparentes. Eso significa que cualquiera podría consultar en cualquier momento los registros financieros de

cualquier persona o empresa. No habría secretos. El sistema mundial de compensación descontaría un diez por ciento de todos los ingresos y beneficios a las personas que solicitaran voluntariamente esa deducción. No habría impuestos que se pudieran eludir. Como todos los registros serían públicos, todo el mundo sabría quién aporta un diez por ciento de sus beneficios al conjunto de la sociedad. Esas deducciones voluntarias financiarían todos los programas estatales y sociales. El sistema entero sería muy sencillo y transparente». Nadie aceptaría algo así. «Claro que no. ¿Y sabes por qué? Porque un sistema así impediría a cualquiera hacer algo que no quisiera que los demás supieran. Pero ¿por qué querrían hacer algo semejante? Te diré por qué. Porque viven en una sociedad basada en la idea de que es perfectamente natural que "solo sobrevivan los más fuertes". Si el principal objetivo de su sociedad fuera una vida digna para todos —como sucede en todas las sociedades verdaderamente ilustradas—, desaparecería su necesidad de secretismos y prácticas turbias. ¿Te das cuenta de cuánta corrupción eliminaría un sistema así? El secreto de su éxito es la visibilidad y la transparencia». Una idea extraordinaria. Transparencia absoluta en las operaciones financieras. Intento encontrar algún motivo por el que eso pudiera ser "malo", pero no se me ocurre ninguno. «Por supuesto que no, porque no tienes nada que ocultar. Pero ¿te imaginas el escándalo que armarían los ricos y poderosos de este mundo si supieran que cada compra y cada venta, cada decisión comercial y cada acuerdo, todo, está al alcance de cualquiera que tenga interés en conocerlo? Te diré una cosa: nada conduce a la honradez más deprisa que la transparencia y la visibilidad. Visibilidad es otra palabra para verdad. Conoce la verdad y la verdad te hará libre. Los gobiernos, las multinacionales y los poderosos de este mundo lo saben muy bien, y por eso jamás permitirán que ningún sistema político, social o económico se base en la verdad. En las sociedades ilustradas no hay secretos. Todo el mundo sabe qué poseen los demás, cuánto ganan y qué impuestos pagan; todo el mundo sabe qué compra y vende cada empresa y cuáles son sus beneficios. Todo el mundo lo sabe TODO. ¿Sabes por qué esto solo es posible en las sociedades ilustradas? Porque en ellas nadie quiere nada a costa de los demás». Es una forma radical de vivir. «Solo les parece radical a quienes viven en sociedades primitivas. En las sociedades ilustradas es lo más normal». Me fascina la idea de la "visibilidad" y la "transparencia". ¿Crees que también se podría aplicar a otros ámbitos de nuestra vida? ¿Podría convertirse en el principio rector de nuestra conducta en las relaciones personales? «Espero que sí». Y, por ahora, no lo es. «Por lo general, no. No en su planeta. La mayoría de las personas todavía tienen algo que ocultar». ¿Por qué? «En las relaciones personales —y, de hecho, en todas las relaciones—, las personas temen perder algo o no llegar a conseguirlo. Sin embargo, las mejores relaciones personales, y sin duda las mejores relaciones amorosas, son aquellas en las que los dos lo saben todo el uno del otro. En esas relaciones no hay secretos ni incertidumbre, nada queda sin decir, nada se oculta. Nadie intenta "ganarle la partida" al otro». Pero si todos supieran todo lo que pensamos… «Un momento. No estamos hablando de falta de intimidad ni de la imposibilidad de evolucionar espiritualmente. Desde luego, no me refiero a eso. Hablamos de honradez y franqueza en el trato con los demás. De que siempre deberían decir la verdad y no callarla cuando saben que es necesario expresarla. Me refiero a que nunca deberían mentir ni tergiversar la verdad. Hablamos de que todas las personas dispongan de toda la información que necesitan. Hablo de honradez y sinceridad. Eso no significa que deban hablar en público de sus asuntos privados. De cada pensamiento, cada opinión, cada recuerdo, cada idea y cada reacción. Eso sería una locura, no franqueza. Estamos hablando de una comunicación sincera y abierta. Pero parece que es una idea sorprendente». ¿Puedes repetirlo? «Parece que es una idea sorprendente». Deberías actuar en un cabaré. «Eso es precisamente lo que hago». Hablemos en serio: es una idea magnífica. Imagina una sociedad basada en el principio de la visibilidad. ¿Crees que funcionaría? «Te diré algo. La

mitad de los males sociales desaparecería de aquí a mañana. La mitad de todas las preocupaciones, los conflictos, la ira, la frustración… Es cierto que, al principio, las personas estarían descontentas y enfadadas al descubrir por fin cómo las habían engañado y explotado. Pero al cabo de dos meses se les habría pasado toda la ira. Piénsalo. ¿Crees que podrías vivir así? Sin secretos. Transparencia absoluta. Visibilidad perfecta. Y, si no pudieras vivir así, ¿por qué? ¿Qué les ocultas a los demás? ¿Qué falsedades les cuentas? ¿Ha llevado la mentira su mundo al estado en que desean verlo? ¿Les ha servido de algo manipular los mercados, las situaciones y a las personas? ¿Es la "privacidad" realmente una condición necesaria para la vida social e individual? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiera verlo todo? Hay cierta ironía en ello. ¿No comprendes que precisamente por eso temías tu primer encuentro con Dios? ¿No comprendes que tenías miedo de que se acabara toda simulación? Pero no tienes nada que temer. Nadie te juzgará, nadie te arrojará a las llamas eternas del infierno».

Cuando leí ese pasaje por primera vez, comprendí de inmediato que una transformación así de la sociedad merecía convertirse en el sentido de mi vida. Tenía claro con qué resistencia se encontraría la idea. Y también tenía claro que, gracias a la informática, disponía de la llave que permitiría empezar a hacerla realidad. Leer los libros de Walsch cambió mi vida para siempre. Poco después apareció el primer proyecto estrechamente vinculado con las finanzas públicas y su gestión: el proyecto de la Tesorería del Estado de la República Eslovaca.

14 Mi trabajo para QBSW: el proyecto de la Tesorería del Estado

Después de volver de Estados Unidos, todavía intenté durante un tiempo conseguir unas prácticas allí. Aquel año, Tibor había logrado unas en una empresa informática de Miami. Katka y yo habíamos regresado a Eslovaquia a principios de septiembre y, a mediados de mes, volé a Miami para reunirme con Tibor e intentar encontrar unas prácticas similares a las suyas. Tras discutir un poco con una funcionaria de inmigración porque mi visado caducaba al cabo de un mes, finalmente me dejaron entrar. No conseguí las prácticas, aunque tampoco habrían servido de nada, porque más tarde supe que no se podía enlazar el visado de trabajo del programa Work And Travel con uno de prácticas. Tampoco me importó demasiado, ya que durante mi estancia en Estados Unidos había comprendido que aquello no era para mí.

Al volver a Eslovaquia regresé a Asset, esta vez para trabajar en un nuevo proyecto llamado Dealing. Era una parte del sistema informático bancario que los operadores del banco utilizaban para negociar en bolsa. Estaba estrechamente relacionado con el proyecto Cenné papiere, pero Dealing se centraba más en las operaciones interbancarias entre los operadores de distintos bancos. En el proyecto conocí a varios jóvenes de mi edad que estudiaban en la FEI. Una vez más pude comprobar de primera mano lo complicado que podía resultar compaginar unos estudios relativamente exigentes con el trabajo. Algunos acabaron fuera de la FEI y terminaron en la Universidad de Economía. No tardé en recibir una oferta de trabajo a través de aquellos nuevos compañeros. Un directivo de Asset se había marchado al Ministerio de Finanzas para preparar la documentación de la licitación de la Tesorería del Estado, que el ministerio tenía previsto convocar en un futuro próximo. Aquel empleado —lo llamaré Michal Suchota— se hizo después relativamente conocido en Eslovaquia: su nombre apareció en varios casos de corrupción notorios. Suchota era un personaje bastante singular. Apenas tendría cuatro o cinco años más que yo, pero en Asset tenía fama de directivo quizá incluso despiadado, de los que siempre consiguen lo que se proponen. Cada vez que entraba en una sala, quienes trabajaban a sus órdenes se ponían en tensión. Una vez, Julo me dijo algo así como que lo utilizaban como un arma potente y eficaz para resolver problemas difíciles.

Aunque desde el principio estaba claro que aquella nueva empresa olía a corrupción por los cuatro costados, después de lo ocurrido en Eslovaquia durante los años noventa, cuando explotaban los coches de empresarios y se secuestraba al hijo del presidente, todo aquello me parecía, comparado con matar a gente, una escaramuza inocente que inevitablemente se desataba allí donde se repartían sumas importantes de dinero. Hoy, cuando estas cosas despiertan mucha más sensibilidad y las exigencias morales son mucho mayores, habría actuado de otra manera. Pero para llegar a mi forma actual de ver las cosas tuve que recorrer cierto camino. Hoy tengo claro que la integridad moral posee un valor incalculable. Aun así, creo que no se pueden condenar sin matices las decisiones de un estudiante de veinte años, relativamente inexperto, que oye a diario que toda la sociedad está corrompida, que se privatiza a toda prisa y que, en aquella carrera de ratas, cada cual piensa ante todo en sí mismo. Al fin y al cabo, fue por aquella época cuando nació la idea del proyecto de dinero transparente. Trabajar en la Tesorería del Estado guardaba cierta relación con mis planes de reforma social.

El 11.09.2001 comprendí plenamente que la forma de funcionar de QBSW no era del todo limpia. Aquel día llegó a QBSW, por ciertos cauces, la noticia de que muy probablemente nos adjudicarían el contrato de la Tesorería del Estado. Unos minutos después estábamos viendo por televisión cómo se derrumbaban las Torres Gemelas. Lo interpreté como una señal del universo: si

seguía por aquel camino, acabaría por derrumbarse el universo entero. Fue entonces cuando empezó a afianzarse definitivamente en mí la decisión de retirarme poco a poco de QBSW.

Todavía alcancé a realizar en QBSW, bajo la dirección de Suchota, un proyecto que también me sirvió para el trabajo de fin de carrera. Consistía en desarrollar un sistema informático para una empresa que ofrecía servicios de arrendamiento operativo de vehículos. Suchota había conseguido el encargo, pero lo ejecutaba QBSW, y yo era el enlace entre sus desarrolladores y el cliente. Probablemente, el cliente nunca supo que quien realmente desarrollaba el proyecto era una empresa llamada QBSW. Solo me conocían a mí y a nuestro administrador de bases de datos, que les instalaba el sistema. Yo también contribuí decisivamente a conseguir el contrato: una tarde le presenté al director de la empresa de arrendamiento un magnífico diagrama en el que había dibujado cómo se comunicaría nuestro sistema con el entorno de la empresa. Era una pequeña obra maestra, y tuve la impresión de que influyó mucho en que finalmente nos adjudicaran el trabajo. El sistema completo se desarrolló en QBSW durante algo más de medio año, quizá. El precio apenas bastaba para cubrir el coste de los desarrolladores, pero el encargo tuvo una importancia crucial para QBSW, porque permitió formar los equipos de desarrollo y ajustar el framework interno trabajando en un proyecto real antes de abordar la Tesorería del Estado. Preparé el trabajo de fin de carrera en unos pocos días: bastó con reunir unos cuantos diagramas de flujo y capturas de pantalla, describirlos y asunto resuelto.

15 Conversación con Hilda

La siguiente conversación tuvo lugar entre la copropietaria de Med-art y yo durante una matanza del cerdo que había organizado mi padre. Solo la recuerdo a grandes rasgos; puede que algunas frases fueran distintas o que ni siquiera llegaran a pronunciarse. Aun así, la reproduzco de esta manera porque a alguien podría resultarle instructiva.

«¿Y usted qué estudió?», le pregunté mientras enjuagábamos las tripas. Psicología, respondió. «La psicología me parece muy interesante», continué. Se adentra en las cuestiones más importantes de la existencia. La psique humana está inseparablemente ligada a la percepción como tal. ¿Se ha preguntado alguna vez mediante qué mecanismo puede surgir, de una entidad que es todo cuanto existe, algo que sea menos que el todo? ¿Y que esté, de algún modo, separado del resto? Hilda alzó las cejas, incrédula. Seguramente no esperaba debatir sobre aquellas cuestiones mientras preparábamos la matanza. Pero eso no hizo más que animarme. Imagine que usted es todo cuanto existe. No hay nada fuera de usted. No existe ningún ámbito exterior que pueda tomar como referencia. ¿Cómo puede entretenerse una entidad así? No atribuyo al Ser el deseo de entretenerse, semejante al que tiene el ser humano, porque sí. En varios pasajes de la Biblia se dice que el hombre fue creado a imagen de Dios. Por tanto, sería más exacto decir que el ser humano tiene necesidades similares a las del propio Ser. Entonces, ¿cómo puede entretenerse algo que lo es todo? Lógicamente, tiene que dividirse en partes más pequeñas y olvidar, por así decirlo, durante un tiempo lo que es en realidad. Y, poco a poco, en ese juego del escondite, ir superando cosas que le parecen desconocidas y ajenas. Pero solo porque una parte del Ser ha olvidado el todo que antes constituía. Y ese redescubrimiento trae consigo un alivio cuya vivencia da sentido a todo.

Creo que el estudio de una ciencia como la psicología debería estar mucho más vinculado, por ejemplo, con la ontología, la ciencia del ser. Deberían estudiarse juntas, precisamente porque las entidades dotadas de conciencia tienen características y necesidades semejantes en todos los

niveles. Del estudio de la psicología humana se puede deducir mucho acerca del ser como tal. A mi juicio, es un error intentar estudiar el mundo exterior y utilizar las leyes que encontramos en él para explicar nuestro mundo interior. Eso nunca funcionará. El punto de partida debería ser la conciencia humana. Que la naturaleza exterior a nosotros parezca comportarse siempre del mismo modo en las mismas condiciones es más o menos una casualidad, no un principio inamovible a partir del cual debamos determinar lo que va a ocurrir en cualquier circunstancia.

Piense en algo que ocurrió hace relativamente poco: el derrumbe de las Torres Gemelas de Nueva York. Los partidarios de las teorías conspirativas de todo el mundo estallaron: una conspiración evidente, un edificio preparado de antemano con explosivos que alguien hizo volar. Para que una conspiración semejante funcionara habría que manejar una complejidad de dimensiones gigantescas. ¿Cómo colocar explosivos en todo un edificio sin que nadie se dé cuenta? ¿Cómo garantizar que ninguna de las decenas de personas necesarias para hacerlo se fuera de la lengua, ni siquiera con la más mínima insinuación? Es sencillamente imposible desde el punto de vista estadístico. Le diré qué tenían de distinto las Torres Gemelas frente a un edificio corriente. En aquel momento las estaban viendo por televisión miles de millones de personas, pendientes de si llegaba a ocurrir algo así. Y esa expectativa inmensa, quizá la mayor acumulada en toda la historia de la humanidad, bien pudo, en mi opinión, provocar lo que ocurrió. Aunque no tengo ninguna prueba que respalde mi teoría, una explicación tan exótica me parece más probable que la de una demolición intencionada del edificio.

16 Med-art: el servicio civil y la publicación del artículo

Al terminar la universidad había que cumplir el servicio militar obligatorio o su alternativa, el llamado servicio civil sustitutorio. Mi padre me consiguió una plaza para hacerlo en Med-art. Al principio, la idea era que aquel servicio fuera solo de fachada: oficialmente estaría en Med-art, pero mientras tanto me dedicaría a mis asuntos. Sin embargo, una conversación con el propietario de Med-art, Ján Holec, lo cambió todo. Cuando le conté los problemas que estaba teniendo en QBSW, en mitad de la conversación se le ocurrió que tendría que cumplir el servicio civil de forma presencial. Eso me desconcertó bastante, aunque al final supuso una salida bienvenida de QBSW y del ajetreo y el estrés de los proyectos en los que trabajaba allí. En el fondo, de todos modos quería marcharme de QBSW. En Med-art me encargaron una nueva página web para la empresa, porque la que tenían estaba muy descuidada. En dos semanas monté algo que tenía bastante buena pinta —aunque, dado el estado de la anterior, no era difícil conseguirlo— y que incluía un catálogo de los medicamentos que Med-art vendía a las farmacias, con sus precios actualizados. Los precios se transferían de forma semiautomática desde el sistema informático interno a unas tablas de MySQL sobre las que funcionaba la web, así que siempre estaban bastante al día. La nueva página tuvo mucho éxito entre los directivos y me ayudó a ganarme la confianza del propietario. Quien no veía con buenos ojos que me fueran bien las cosas en Med-art era el responsable de informática. Me consideraba un competidor y, al parecer, temía que pudiera sustituirlo.

Cada tres meses, Med-art publicaba su propia revista interna, Medium. Escribí para ella algunos artículos sobre realidad virtual, sobre cómo utilizar la banca electrónica con seguridad y sobre otros temas divulgativos similares. Pero por entonces estaba preparando un artículo cuya publicación sacudiría mi vida hasta el punto de encaminarla, durante muchos años, en una dirección completamente distinta de la que yo había imaginado.

Un tiempo antes había publicado en Domino fórum, una especie de semanario con pretensiones intelectuales, un artículo titulado «Las tecnologías de la información: ¿por fin un camino hacia una nueva sociedad?». En él esbozaba, básicamente, la visión de la sociedad que había encontrado en la obra de Walsch. Añadía también algunas perspectivas propias y cosas que sabía, por ejemplo, sobre la Tesorería del Estado y otros asuntos de actualidad. En aquel mismo número apareció una respuesta a mi artículo. Creo que su autor se llamaba Matej Šuster y, por supuesto, descalificaba toda la idea de una forma completamente superficial. Algunas de sus objeciones podían responderse con gran facilidad si uno se detenía a reflexionar un poco más. Así que decidí escribir una réplica y publicarla en el portal del diario sme.sk.

Al día siguiente de que saliera el artículo, estaba sentado ante el ordenador en Med-art respondiendo a los comentarios que los lectores habían dejado. Pero se me fue bastante la mano: insulté innecesariamente a algunos participantes porque se habían atrevido a dudar de mi «genial» plan para salvar el mundo. Cuando, unos días después, releí mis respuestas a los comentarios ajenos, me habría tragado la tierra de vergüenza. Rezumaban la actitud de un mocoso de veinticuatro años al que, por lo visto, todo le había salido bien en la vida y que confiaba en sus planes con una seguridad enfermiza. Sentía que aquellos comentarios habían arruinado para siempre mis planes de cambiar el mundo. A mis ojos, bastaba con enseñarle aquellas respuestas a cualquiera para que comprendiera que yo era un imbécil, no un genial reformador del mundo que traía por fin un cambio capaz de funcionar de verdad y de transformar definitivamente la manera en que las personas se trataban unas a otras. Aun después de tantos años me cuesta leer aquellos comentarios, aunque, en el fondo, solo fue una salida de tono relativamente pequeña, que no se

puede comparar con lo que algunas personas son capaces de escribir hoy. Pero entonces no lo veía así. Yo mismo me había dejado completamente fuera de juego. A eso se añadió que le había enseñado el artículo, orgulloso, al jefe de informática de Med-art, quien aprovechó la situación y probablemente describió con todo lujo de detalles mi revolución social al propietario, Holec. Algunas de mis respuestas cuestionaban el capitalismo como tal, y había incluido observaciones del tipo: «Ve a tu médica y pídele que te recete un medicamento; ya verás lo perfecto que es el capitalismo». Como es natural, al dueño de una distribuidora de medicamentos aquello no podía gustarle.

Por eso, de un día para otro me trasladaron del departamento de informática al almacén, donde, en lugar de desarrollar la página web, recogía medicamentos para preparar pedidos.

La enorme frustración de haberme decepcionado a mí mismo —la sensación, en esencia, de haber destruido de forma colosal todos mis planes de futuro con un solo artículo y unos cuantos comentarios—, sumada a detalles como el traslado a un trabajo de menor categoría, que tampoco contribuían a mejorar mi ánimo, hizo que de un día para otro empezara a verlo todo del negro más absoluto. Hasta tal punto que no encontraba ningún motivo para seguir viviendo, y faltó poco para que todo acabara mal. En el fondo, deseaba intensamente morir allí mismo. Rechazaba con tanta fuerza aquella realidad que, a mi juicio, había quedado completamente destrozada, que logré desmayarme de manera consciente. Me concentré con gran intensidad en mi primer sistema de señales, hasta que conseguí realmente desconectarme por un acto de voluntad. Creo que en algún lugar de ahí se encuentran los orígenes de mis posteriores problemas de esclerosis múltiple. Probablemente logré accionar un interruptor en mi cuerpo que hizo que este empezara a atacarse a sí mismo. La esclerosis múltiple es una enfermedad autoinmune en la que las células inmunitarias atacan a otras células del cuerpo creyendo que están combatiendo una infección. Me desmayé en el aparcamiento de Tesco. Vino una ambulancia a buscarme y, durante el trayecto, recuperé brevemente el conocimiento. Solo volví en mí del todo cuando ya estaba en una cama del servicio de psiquiatría del hospital. Al verme, el médico que me recibió afirmó que debía de haber tomado alguna droga. Mi madre le replicó que eso era imposible. El diagnóstico definitivo fue esquizofrenia. Había conseguido desestabilizar mi salud de tal manera que, durante los nueve años siguientes, cualquier tensión psicológica importante terminaba en brotes de esquizofrenia y en un ingreso en el hospital de Nitra.

En mi caso, los brotes se manifestaban como una sensibilidad exacerbada ante cualquier estímulo psicológico. En ese estado, por ejemplo, me echaba a llorar ante una escena triste de una película, algo que antes nunca me había pasado en circunstancias normales. Incluso hubo una ocasión en la que unas pequeñas dudas de mi padre sobre mí me atormentaron tanto que, durante la psicosis, viví interiormente una crucifixión en primera persona.

17 La crucifixión

Mi padre está sentado frente a mí, a la mesa de la cocina. La luz se quiebra en el borde de un vaso de té y en la habitación reina esa calma de sobremesa en la que uno puede oír hasta su propia respiración. Vacía mi cartera despacio, casi con solemnidad: papelito a papelito, tarjeta a tarjeta. Los coloca en montoncitos ordenados, como si estuviera escogiendo granos de arroz antes de cocinarlos.

«¿Para qué sirve esto?», pregunta, y una sombra le cruza la frente. Sus palabras desencadenan una tormenta dentro de mí. Un dolor sordo, inmenso, me atraviesa la muñeca izquierda. La muñeca perforada por un grueso clavo romano. Su desconfianza ante algo tan tonto como que seguramente tengo algún motivo para llevar allí esa tarjeta se amplifica tanto en mi psicosis que vivo una crucifixión en primera persona.

Es la tarjeta del gimnasio; sin ella no me dejan entrar. Mi padre asiente para indicar que lo entiende. Dentro de mí nace un alivio inmenso al ver que lo ha comprendido: que no soy simplemente un tipo raro que lleva porquerías en la cartera sin motivo. Y el dolor de la muñeca izquierda desaparece. Del mismo modo que se había amplificado el dolor, el alivio adquiere una intensidad semejante.

Enseguida llega otra pregunta: «¿Y esto para qué lo tienes?». El dolor sordo e inmenso de la muñeca izquierda regresa, acompañado por el sonido nítido de un martillo que golpea por segunda vez el clavo ya hundido.

Dios Padre, ¿por qué me pregunta algo tan evidente? ¿Por qué no se limita a confiar en mí? Después de la explicación llega un alivio parecido al que siguió a la primera respuesta. Y comprendo que acabo de vivir el ciclo de la existencia en toda su plenitud: primero, el sufrimiento en forma de incertidumbre, la duda sobre uno mismo hasta lo más hondo. Después, la claridad y un alivio inmenso. Un alivio que justifica y sana incluso un dolor físico tan terrible como el que puede causar la crucifixión de un ser humano. ¡Dios Padre, gracias por haber permitido que terminara así! Tengo las lágrimas a punto de brotar.

¡Dios Padre, el Hijo te llama: que también la montaña cobre vida! ¡Hasta la piedra puede, más aún, debe sentir esto, alimentar al ser con su propio ser!

Nunca me había detenido a pensar en cómo se crucificaba a las personas. Me sorprendió sentir los clavos en las muñecas y no en las palmas, como suele representarse. Más adelante les pregunté a mi abuela y a un sacerdote dónde habían clavado realmente a Jesús. Ambos me dijeron que en las muñecas, no en las palmas, porque estas no habrían soportado todo el peso del cuerpo.

18 Praga

Cuando me recuperé más o menos de mis desafortunados comentarios al artículo, ya no regresé a Med-art. Empezó una etapa desagradable en la que buscaba un trabajo donde pudiera sentirme bien. Primero lo intenté en Nitra, en una empresa que desarrollaba un sistema bancario. Pero todo estaba hecho en C, algo que me resultaba muy incómodo después de varios años trabajando con lenguajes de programación de mayor nivel, en los que el programador no tenía que ocuparse de cuestiones como reservar y liberar memoria. El siguiente intento fue en una empresa que suministraba sistemas de tesorería a distintos bancos. Tampoco encajé allí, porque aquello estaba demasiado alejado de la programación: era más bien consultoría y exigía conocer a fondo el sistema que comercializaba la empresa. A la tercera, sin embargo, tuve suerte. Entretanto, Tibor había conseguido en Praga un trabajo muy bien pagado como autónomo. Por entonces ya había oído hablar de varios antiguos compañeros de estudios a los que también les iba bien allí. Así que empecé a consultar las ofertas de los portales de empleo checos. Y, al final, apareció la oportunidad. En Accenture buscaban a alguien especializado en Oracle para un proyecto de banca electrónica de Česká spořitelna. La entrevista fue sobre ruedas, aunque advertí que el directivo eslovaco que me seleccionaba no estaba del todo seguro de mis capacidades. No hubo ninguna prueba técnica: me contrató únicamente porque le causé buena impresión.

Después del primer día de trabajo comprendí que, por fin, había encontrado un puesto en el que me sentiría como pez en el agua. Se trataba exclusivamente de desarrollo de bases de datos en PL/SQL sobre la base de datos del banco, para el proyecto de banca electrónica. Estaban modernizando la banca por internet, incorporando servicios bancarios por GSM y muchas otras funciones. Mi jefe era un compañero muy capaz, uno o dos años mayor que yo: Jirko Dvořák. Jirko tenía una mente tan rápida que a veces me parecía que estaba a una distancia inalcanzable por delante de mí. Gracias a eso, yo trabajaba bastante resguardado en el plano intelectual: si algo no estaba claro, bastaba con preguntarle y el problema quedaba resuelto. En Praga me sentía muy bien. Encontré un pequeño piso cerca del trabajo y, con el tiempo, Katka se vino a vivir conmigo. Estábamos muy a gusto: teníamos dinero suficiente, casi siempre comíamos en restaurantes y no había preocupaciones. Solo hacía falta comprar y limpiar una vez por semana para sentirnos cómodos en casa. Katka encontró algunos trabajos ocasionales en una academia de idiomas, donde enseñaba alemán. No ganaba mucho, pero tampoco hacía falta. A pesar de lo bien que estábamos, la relación empezó a chirriar un poco; yo no conseguía aceptar su manera de ver ciertas cosas. Probablemente también empezaba a pesarnos la convivencia tan estrecha, y algunos rasgos de su carácter comenzaron a molestarme mucho. Al final nos separamos y ella se marchó a Londres a trabajar como au pair. Después de un tiempo de calma, reapareció mi esquizofrenia. Fue una época extraña; creo que era noviembre de 2004. No recuerdo exactamente lo que pasó. Volví a estar demasiado sensible a todos los estímulos psicológicos. Creo que era viernes, y terminé la semana pagando varios miles de coronas checas a un taxista de Praga para que me llevara a casa, a Nitra, a unos 420 kilómetros. No tenía fuerzas para hacer aquel viaje en autobús. Volví a acabar en el hospital. Me parece que fue el mismo día del vendaval que arrasó los Altos Tatras. Había algo malo en el aire y me trastornó por completo. No era una tormenta en sentido estricto, como la que menciona el himno eslovaco, pero, al ver la devastación que había dejado el vendaval, lo primero que pensé fue que, después de una catástrofe así, los eslovacos podrían por fin despertar de verdad, tal como dice el himno.

Cuando, unas semanas después, regresé a Praga ya más tranquilo, el directivo de Accenture me ofreció unas condiciones para los siguientes seis meses que me dejaron boquiabierto. Me propuso un contrato semestral por el equivalente a 60 EUR la hora. Gracias a aquel contrato, en el medio año siguiente prácticamente dupliqué mi patrimonio. Fue la etapa mejor remunerada de mi vida. Por desgracia, duró muy poco. El directivo formó una familia en Eslovaquia y, al finalizar el contrato, Česká spořitelna me ofreció un contrato laboral ordinario de carácter estable. En lo profesional, las cosas habían empeorado: el proyecto me aburría bastante y, hacia el final del contrato, aquel tedio me había dejado medio quemado. La búsqueda constante de formas de matar el tiempo estaba empezando a sacarme un poco de quicio. Cuando el banco quiso que pasara a una relación laboral convencional, por una remuneración que, comparada con la del contrato anterior, resultaba ridícula, decidí probar suerte en otro sitio.

19 Vacaciones en la India

En septiembre de 2006 pasé dos semanas de vacaciones en la India. La pobreza del país me impresionó profundamente. Al ver en qué condiciones vivía una cantidad tan inmensa de personas, comprendí que la India tenía un potencial enorme. Si cada una de aquellas manos tendidas para pedir limosna empezara a hacer algo útil, se producirían milagros. Lo que podían hacer saltaba a la vista en cada calle, edificio o templo descuidado y medio en ruinas. El estado de la India me recordaba al de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, que había visto en distintos documentales históricos. Si alguien tomara la iniciativa y pusiera en marcha en la India algo parecido al Plan Marshall, tendría un efecto mayor que en la Europa de la posguerra.



Junto al Taj Mahal

Al volver de las vacaciones, preocupado por mi salud —me costaba caminar de una manera sospechosa—, acudí a neurología. Acabé ingresado y me extrajeron líquido cefalorraquídeo mediante una punción lumbar porque sospechaban que podía tener esclerosis múltiple. Pero, cuando le dije al neurólogo que poco antes había estado de vacaciones en la India, dio por hecho que probablemente había contraído allí alguna enfermedad exótica y me trasladó a infecciosas. Cuando los resultados del análisis del líquido cefalorraquídeo llegaron de Bratislava al hospital de Nitra, ningún neurólogo los vio, porque yo ya estaba ingresado en infecciosas. No los vio mi neuróloga de zona hasta cinco años después, y, nada más mirarlos, exclamó: «¡Pero si usted tiene esclerosis múltiple!». Por el desorden de los servicios de neurología e infecciosas del hospital perdí cinco años de tratamiento. Es muy probable que, de haberlo iniciado de inmediato, como correspondía, no hubiera acabado en una silla de ruedas. Sin embargo, yo también soy en parte responsable de mi estado: varias veces sentí con claridad que no estaba bien, pero, tranquilizado por las exploraciones anteriores, lo dejé pasar.

20 Irlanda

Después de volver de las vacaciones tuve una entrevista con un checo que trabajaba como director de proyectos en una empresa que desarrollaba un sistema informático para las universidades de Irlanda. Se llamaba Jan Navrátil. Cambiar de país y de entorno me pareció una novedad bienvenida. Sin embargo, no llegué a aguantar ni medio año en Irlanda. No conocía a nadie y todo era tan caro que ni siquiera podía permitirme comer en restaurantes. Solo por alquilar una habitación en un piso de tres habitaciones pagaba 700 EUR, aproximadamente un tercio de mi sueldo. Tampoco rendí en el proyecto como se esperaba de mí. Jan Navrátil hizo honor a su apellido y logró hacerme volver a Eslovaquia muy pronto.

21 Sony y el accidente de coche

Mientras todavía trabajaba en Irlanda, concerté en Eslovaquia una entrevista para un posible puesto en Sony Slovakia. Empecé a trabajar allí en mayo de 2007. Todos los días iba en mi coche a Trnava, donde Sony tenía la fábrica, y llevaba también a otras personas de Nitra, que contribuían a los gastos de gasolina. El responsable del departamento de informática era un húngaro del que oía hablar a diario durante los trayectos al trabajo. Por lo visto, era bastante incompetente y compensaba sus limitaciones acosando a sus subordinados. No tenía autoridad directa sobre mí: yo estaba en un departamento situado más abajo en su cadena de mando y entre él y yo había varias personas razonables que se comportaban correctamente. Pero cada mañana llevaba a un compañero que dependía directamente de él y me describía con todo detalle lo que estaba ocurriendo. Un viernes de agosto de 2007 se acumularon varias cosas negativas y acabé sufriendo un cortocircuito repentino. Por la mañana, de camino al trabajo, había vuelto a escuchar a aquel compañero, extremadamente estresado, quejarse de su jefe; en el trabajo me encargaron cosas con las que no me sentía del todo cómodo; me abrumó la sensación de fracaso de mi aventura en Irlanda, y todo desembocó en la idea de que aquello ya no tenía sentido. En el trabajo pasaba más tiempo en el baño que delante del ordenador, alimentando pensamientos negativos y convenciéndome de que tenía que cambiar algo de raíz. Al llegar a Nitra me subí al coche y tomé la carretera que mejor conocía: la que llevaba a casa de mi abuela. Durante el trayecto me abroché el cinturón porque recordé a mi padre, que me lo recalcaba cada vez que viajábamos en coche. No tenía ganas de discutir una multa con algún policía si por casualidad me paraban y no lo llevaba puesto. Los constantes sermones de mi padre probablemente me salvaron la vida. Poco después de Cabaj había un tramo en el que la carretera giraba a la izquierda, mientras que, de frente, había un árbol. Cuando lo vi, por un instante me alegré de haber encontrado lo que buscaba. Bastaba con no tomar la curva y se habría acabado todo. El conductor que iba detrás de mí se detuvo inmediatamente después del accidente y corrió a ayudarme. Lo primero que me oyó decir fue algo así como: «¿Es que uno ya no puede ni matarse libremente?». Por suerte, no entendió bien lo que yo murmuraba. Desde su punto de vista, parecía que simplemente había sufrido un microsueño y no había tomado la curva. Cuando llegaron mi madre y mi tío, les dije que había sido un intento de suicidio. Mi madre lo interpretó como otra manifestación de la esquizofrenia y volví a acabar ingresado en psiquiatría, en el hospital de Nitra.

22 Regreso a Praga

Después de salir del hospital ya no regresé a Sony. Por aquella época conocí a un chico llamado Martin. Tenía en Eslovaquia una empresa que vendía servicios relacionados con páginas web. Me caía bien: era bastante inteligente y uno se divertía con él. Cuando supe a qué se dedicaba, se me ocurrió que podríamos repetir aquello en Praga, para el mercado checo. Fundamos juntos una sociedad de responsabilidad limitada, yo me trasladé a Praga, alquilé allí un piso a nombre de la empresa e intenté vender, básicamente, páginas web hechas a medida para clientes checos. Pronto descubrí que tratar de vender unos servicios que por entonces ya eran corrientes no era coser y cantar. Ya se había llegado al punto en que tenía sentido ofrecer herramientas con las que prácticamente cualquiera pudiera montar su propia web por unas pocas coronas. Nosotros, sin embargo, creábamos las páginas por separado, empresa por empresa, y a esas alturas aquello ya no era un buen plan de negocio. Creo que conseguimos mantener la empresa más o menos a flote, pero no fue ningún gran éxito. En realidad, lo único que nos salvó de los números rojos fue que recomendé a un antiguo compañero de estudios a mis contactos de Praga como desarrollador de bases de datos con talento para un proyecto de Česká pojišťovna. Más tarde conseguimos socios en Chequia que utilizaban el producto de Martin, un sistema CMS basado en .NET, y nosotros realizábamos adaptaciones a medida para distintos clientes de aquella empresa checa. Pero la enfermedad volvió a interrumpir mi estancia en Praga. Tuve que ingresar de nuevo en el hospital de Nitra para que me recompusieran. Sencillamente, aquella sucesión de fracasos era demasiado para mí. No encontraba un sentido a mi vida ni tenía una relación de pareja que me llenara y en la que pudiera ver un futuro real, y todo eso se reflejaba en un estado psicológico muy malo. Esta vez, sin embargo, el ingreso no bastó: también tuve que pasar tres meses en Zálužie, cerca de Nitra. Cuando consiguieron estabilizarme más o menos, empecé a buscar trabajo. Fui dejando la empresa en manos de Martin hasta desvincularme de ella.

23 Infostat y el proyecto para Eurostat

A principios del verano de 2009 empecé a trabajar en Infostat como programador de bases de datos. Era la primera vez en mi vida que tenía un contrato laboral estable en Eslovaquia. Infostat era una entidad semipública adscrita a la Oficina de Estadística de la República Eslovaca. Al principio trabajé en un proyecto de indicadores estadísticos consolidados. Después me trasladaron a otro que Eurostat, o quizá directamente la Comisión Europea, había encargado mediante algún tipo de subvención a sus organizaciones colaboradoras. La idea general era que Eurostat quería mejorar la eficiencia de las oficinas estadísticas de los distintos países. Habían creado un formato de datos estadísticos, SDMX, y habían encargado a diversas empresas de toda la Unión Europea el desarrollo de herramientas que se comunicaran mediante ese formato.

La tarea de nuestro proyecto consistía en averiguar si se podían adaptar las herramientas SDMX existentes para recopilar también microdatos: por ejemplo, los datos introducidos al rellenar formularios estadísticos. Infostat había recibido la subvención porque anteriormente había desarrollado un sistema de cuestionarios para formularios de microdatos estadísticos, destinado a recoger información directamente de los encuestados, ya fueran empresarios o particulares. Cuando me trasladaron al proyecto, sus responsables estaban un poco desesperados: nadie había logrado encontrar la manera de vincular el estándar SDMX con los formularios. Poco después hicimos el primer viaje de trabajo a Luxemburgo. Fuimos todos los miembros del equipo que participaban de algún modo en el proyecto. El objetivo del viaje era conseguir, por fin,

avanzar y resolver el problema. Después de hablar con Eurostat quedó claro que no nos iban a ayudar demasiado a dar con la solución. Al regresar, una compañera que también había ido hizo algo muy sencillo. A partir de uno de los artefactos XSD de SDMX creó un archivo que describía un formulario de manera rudimentaria. Dividió el formulario completo en una tabla, y cada una de sus celdas contenía un campo. Cuando lo vi, se me ocurrió que podríamos construir sobre aquello un sistema sencillo que generara un formulario electrónico a partir de esa descripción y permitiera recoger datos. Era, en esencia, una solución muy rudimentaria para recopilar microdatos mediante SDMX. Se trataba de un uso poco práctico de SDMX para algo para lo que no estaba pensado, y hacía aguas por todas partes; pero, si querían que claváramos un clavo con un destornillador, eso les habíamos dado. Monté aquel sistema bastante deprisa y nadie pudo objetar que no hubiéramos cumplido el encargo. Cuando más tarde se lo enseñé a otras personas en una conferencia sobre SDMX, creo que en Gotemburgo, se echaron a reír: sí, tenían curiosidad por ver cómo habíamos resuelto el problema, pero probablemente no nos darían el Nobel por aquello. Al final, gracias a los buenos contactos «políticos» que el director del proyecto tenía en Eurostat, el proyecto tuvo una continuación. En esa nueva fase ya fui yo quien lo dirigió. Lo que hice fue conectar en línea mi sistema de formularios con la infraestructura SDMX mediante los paquetes de software desarrollados para ella. Incluso conseguí que Martin y otras personas cercanas a mí colaboraran oficialmente en el proyecto a cambio de una remuneración. Con ayuda de Martin, rehíce el sistema de formularios sobre una arquitectura más moderna y añadí la conexión con la infraestructura SDMX. El resultado fue un sistema universal de formularios conectado con SDMX. El trabajo en Infostat estaba pésimamente pagado, pero la posibilidad de incorporar de esa manera a colaboradores externos cercanos a mí compensaba un poco el mal sueldo. Más adelante, Martin me devolvió aquella ayuda contratándome él a mí. Al poder decidir adónde iría el dinero del proyecto, llegué a conocer las tentaciones propias de una posición así. Mi comportamiento fue solo medianamente bueno, pero, al mirar atrás, veo que aquella experiencia me dejó una lección muy valiosa: en situaciones así hay que vigilarse mucho, porque es relativamente fácil resbalar. Algunas cosas no las he comprendido hasta ahora, más de trece años después. La enseñanza más importante fue que una reforma social no puede depender de la moralidad o inmoralidad de una sola persona. Debe diseñarse de modo que funcione lo bastante bien incluso cuando quienes la lleven a cabo tengan un perfil moral relativamente más débil. Aunque la figura central de la transformación social fuera un modelo de moralidad y justicia, podría ocurrir perfectamente que desapareciera de un día para otro. A pesar de ello, la transición debería continuar con la misma calidad, incluso con personas mucho más vulnerables a las distintas tentaciones del mundo.

24 El largo camino a casa desde Luxemburgo

La última reunión de cierre del proyecto en Luxemburgo fue toda una aventura. Perdí el vuelo porque había calculado mal el tiempo de margen antes de la salida y porque el conductor de Infostat que me llevaba al aeropuerto tomó un desvío equivocado al llegar. No sabía qué hacer. Me pareció que la salida más viable era pagar otro vuelo, lo que me costó 500 EUR de mi propio bolsillo. La tensión fue tal que probablemente entré en una psicosis leve, porque volví a vivir algunas cosas con demasiada intensidad. En la sala de embarque había gente esperando el vuelo a Ámsterdam, donde yo tenía que hacer transbordo. También había un grupo de personas negras y un chico blanco con la cabeza completamente rapada. No sé hasta qué punto veía las cosas con objetividad, pero para mí sus gestos rezumaban racismo. Era evidente que la presencia de aquellas personas negras le molestaba. Pensé en cómo lo veía él e intenté ponerme en su lugar. Creo que las personas blancas que no han convivido a menudo en su cultura con esa clase de diversidad llevan incorporada por naturaleza cierta resistencia interior al contacto con personas de otro color de piel. Sencillamente, una diferencia marcada, sobre todo si no hemos convivido con ella desde que nacimos, despierta sensaciones negativas. Pero para eso tiene uno cabeza: para no dar cabida en su interior a prejuicios tan primitivos. Para no dejarse llevar por su primer sistema de señales, para controlarse. Toda la vida humana está atravesada por la necesidad de regular positivamente nuestros sentimientos. Si todos expresáramos de inmediato todo lo que sentimos al primer impulso, la civilización se desmoronaría en una semana.

Al ver la incomodidad de aquel chico rapado, hice algo que la aumentó de forma drástica. Abrí una botella de té frío y bebí directamente de ella. Acto seguido se la ofrecí al hombre negro junto al que estaba sentado. Rechazó la bebida, pero sospeché que había comprendido por qué lo había hecho. Me dio las gracias amablemente y me sonrió. Al ver que le ofrecía a un hombre negro beber de mi propia botella, el rapado estuvo a punto de estallar allí mismo. Durante un rato me divertí viendo su desconcierto ante mi gesto y luego subí al avión. Bajé en Ámsterdam, donde tuve que esperar el vuelo a Luxemburgo.

En el aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam, pasé unas dos horas sentado en una pizzería. Rondaba cerca de mí una especie de aventurera, quizá de allí o quizá internacional, con aspecto de azafata, a la que evidentemente le gustaba. Durante un tiempo me lanzó toda clase de señales de seducción, hasta que comprendió que de aquella nube no iba a caer lluvia. Al intentar ponerme en su lugar, tuve la impresión de que solía buscar hombres en el aeropuerto para encuentros de una noche y de que disfrutaba bastante haciéndolo.

Al llegar a Luxemburgo me alojé en el hotel de siempre y me preparé para el lunes. Durante todo el lunes volví a estar extremadamente sensible a todo. En la presentación final mostré lo que había desarrollado: un sistema completo de cuestionarios, con un cuestionario concreto como ejemplo de sus posibles aplicaciones. Además, estaba conectado con las herramientas SDMX existentes, de modo que, inmediatamente después de recopilar los datos, estos podían ponerse a disposición mediante SDMX. Intentaba ponerme en la piel de cada una de las personas con las que hablaba aquel día. Sospecho que aquello debía de notarse de alguna manera, porque probablemente no era una conducta normal.

El viaje de vuelta fue una aventura todavía mayor que el de ida. Volvió a haber problemas con los vuelos y en Ámsterdam perdimos la conexión a Viena. Durante el vuelo de Luxemburgo a Ámsterdam iba sentado junto a un irlandés. También intenté ponerme intensamente en su lugar: me interesaba la historia de aquel completo desconocido al que uno encuentra en un avión. Al

parecer, percibía que algo ocurría por mi parte, porque al cabo de un rato empezó a hablar conmigo. Era banquero de UBS. La mayor parte del tiempo me habló de sus hijas, de que no tenía mucho tiempo para ellas. Era como si sintiera la necesidad de justificarse ante mí. Al llegar a Ámsterdam tuve que pasar allí la noche por haber perdido el vuelo de conexión a Viena. Dormí unas tres horas en un hotel cercano al aeropuerto. A las cinco de la mañana estaba de nuevo en el aeropuerto, esperando el vuelo a Viena. Al llegar a Schwechat noté que volvía a estar exaltado. Me fijé en un panel con los horarios de los trenes a Viena. En lugar de dirigirme a Bratislava, me fui a Viena, sencillamente porque me pareció una buena idea. Almorcé en un buen restaurante. No tenía ganas de averiguar cómo llegar a Bratislava, así que pedí que me llamaran un taxi, que me llevó hasta las inmediaciones de Infostat, en Bratislava, donde vino a recogerme mi padre. Al llegar a Nitra, mis padres comprendieron enseguida lo que volvía a ocurrir y me llevaron al hospital. Aquel fue mi último brote de esquizofrenia. Desde aquel septiembre de 2012 hasta hoy, el problema no ha vuelto a repetirse.

Una vez terminada la segunda continuación del proyecto, Infostat no obtuvo otra subvención, probablemente porque faltaban los contactos políticos adecuados, como los que tenía el anterior director del proyecto en Infostat. Porque, en cuanto al resultado, estaba un nivel por encima del primer proyecto. Simplemente, no conseguí venderlo lo bastante bien ante la gente de Eurostat. Como no tenían otro trabajo para mí, al terminar el proyecto me echaron enseguida de Infostat; por suerte, con indemnización.

25 Mi trabajo para una empresa que ofrecía robots de forex

Después de salir de Infostat, Martin me ofreció ayudarlo a desarrollar el sistema informático de uno de sus clientes. Se trataba de un proyecto a través del cual se vendían los llamados robots de forex. Según se decía, esos robots operaban aprovechando diferencias de arbitraje de corta duración que surgían en los mercados de forex.

Forex es un mercado en el que se negocian pares de divisas. En otras palabras, el cliente de Martin afirmaba que había desarrollado algoritmos capaces de ganar dinero realizando operaciones con pares de divisas en los mercados de forex.

Al examinarlo más de cerca, el modelo de la empresa recordaba en algunos aspectos a un esquema piramidal, sobre todo después de ver lo elaborado que estaba su marketing multinivel. Cuando le conté a Tibor cómo funcionaba, condenó el proyecto de inmediato. El negocio duró relativamente poco: unas autoridades estatales checas acabaron cerrándolo. A mí me convenía tener un trabajo que pudiera hacer desde casa. Por entonces, la esclerosis múltiple ya estaba avanzada; no podía presentarme en cualquier sitio a pedir empleo, porque solo podía trabajar completamente desde casa, algo que todavía no era tan habitual como después de la COVID.

Así que me conformaba con lo que tenía y procuraba no salirme de la raya, con la esperanza de que todo terminara de una manera razonable. En algún momento de 2016, Martin y yo discutimos por varias cuestiones y me quedé sin trabajo.

26 La ayuda para comprar un coche

Fue la época en que empezó a quedar claro que probablemente acabaría en una silla de ruedas. Mientras tramitaba la tarjeta de discapacidad grave, supe que se podía solicitar una ayuda bastante importante para comprar un coche con el que desplazarse al trabajo, siempre que la persona tuviera un empleo. Pero había una condición: el patrimonio del solicitante, sin contar la vivienda habitual, no podía superar los 30 000 EUR. Yo no cumplía ese requisito. Sin embargo, nadie lo comprobaba de ninguna manera. Cuando me planteé si solicitar la ayuda o no, no tenía ningún trabajo estable y parecía que, si las cosas seguían así, mi patrimonio acabaría cayendo por debajo de aquel límite. También tuve en cuenta que mi pensión de invalidez no bastaría para pagar una plaza en un centro con atención permanente, algo que probablemente necesitaría en el futuro, cuando mis padres ya no pudieran cuidarme. Después de sopesarlo, concluí que lo más sensato sería solicitar la ayuda.

Entré a trabajar en la empresa de un antiguo compañero de estudios y obtuve la ayuda. Al final, mi estado empeoró tan deprisa que el coche adaptado para manejarlo con las manos prácticamente no me servía de nada: no podía entrar en él por mis propios medios. Incluso resultó ser una decisión enteramente negativa que estuvo a punto de costarle la salud a mi padre. Como no estaba acostumbrado al cambio automático, una vez dejó el coche mal estacionado, este se puso en movimiento y lo atropelló. Por suerte, no hubo secuelas. Al ver aquello, preferí devolver a la Oficina de Asuntos Sociales y Familia, en septiembre de 2023, el dinero que había recibido como ayuda.

Entre 2016 y 2019 no tuve energías para trabajar en ningún sitio. Tenía que aprender a vivir con mi enorme discapacidad. En cuanto al dinero, necesitaba muy poco para vivir, porque mis padres y yo habíamos empezado a vivir juntos en una casa de Cabaj que habíamos comprado entre todos. Básicamente, la pensión de invalidez y los ingresos del alquiler de mi piso me bastaban para cubrir los gastos.

27 Mi trabajo para grandes empresas

A lo largo de 2019 empecé a recuperarme, más o menos, del impacto de mi nueva situación de salud. La esclerosis múltiple había inutilizado por completo mis piernas y desde 2017 estaba en una silla de ruedas. Nos habíamos instalado en el pueblo, en un entorno tranquilo, en una preciosa casa de una sola planta. La casa también tiene un jardín de nueve áreas que mis padres empezaron a cuidar de manera ejemplar. En algún momento de 2019 comencé a trabajar de forma sistemática en Viditeľné peniaze. Por lo que me contaba Tibor, sabía qué tecnologías utilizaba en su empresa. Decidí emplear el mismo conjunto de tecnologías que él, para que más adelante pudiéramos complementarnos si hacía falta. La única diferencia era la base de datos: ahí utilicé, por supuesto, Oracle, con el que tenía veinte años de experiencia. Para el backend elegí el framework FastAPI de Python, que por entonces era una novedad, pero parecía prometedor. En los frontends utilicé VUE.js. La primera versión solo incluía el registro de usuarios.

Durante 2020 empecé a buscar algún trabajo. En marzo de 2021 tuve una entrevista con una gran empresa italiana que suministraba registros de crédito a varios países de todo el mundo. Tenían una filial de desarrollo en Eslovaquia. La entrevista fue bien y, desde abril de 2021, por fin volví a tener trabajo. Y no uno cualquiera: cobraba la tarifa de mercado de un programador sénior autónomo. Con mis gastos de vida, que prácticamente cubría la pensión de invalidez, aquello suponía un ahorro mensual relativamente elevado.

No me costó encontrar un destino para ese dinero: alguien podía ayudarme con Viditeľné peniaze. En un foro de desarrolladores de VUE encontré a varios candidatos que tenían la disponibilidad y los conocimientos necesarios. Entre ellos había un indio que me sorprendió: no hizo la tarea tal como se la había pedido, sino que la resolvió de otra manera y afirmó que su solución era mejor que la que yo quería. Al pensarlo, tuve que reconocer que tenía razón. La elección quedó clara.

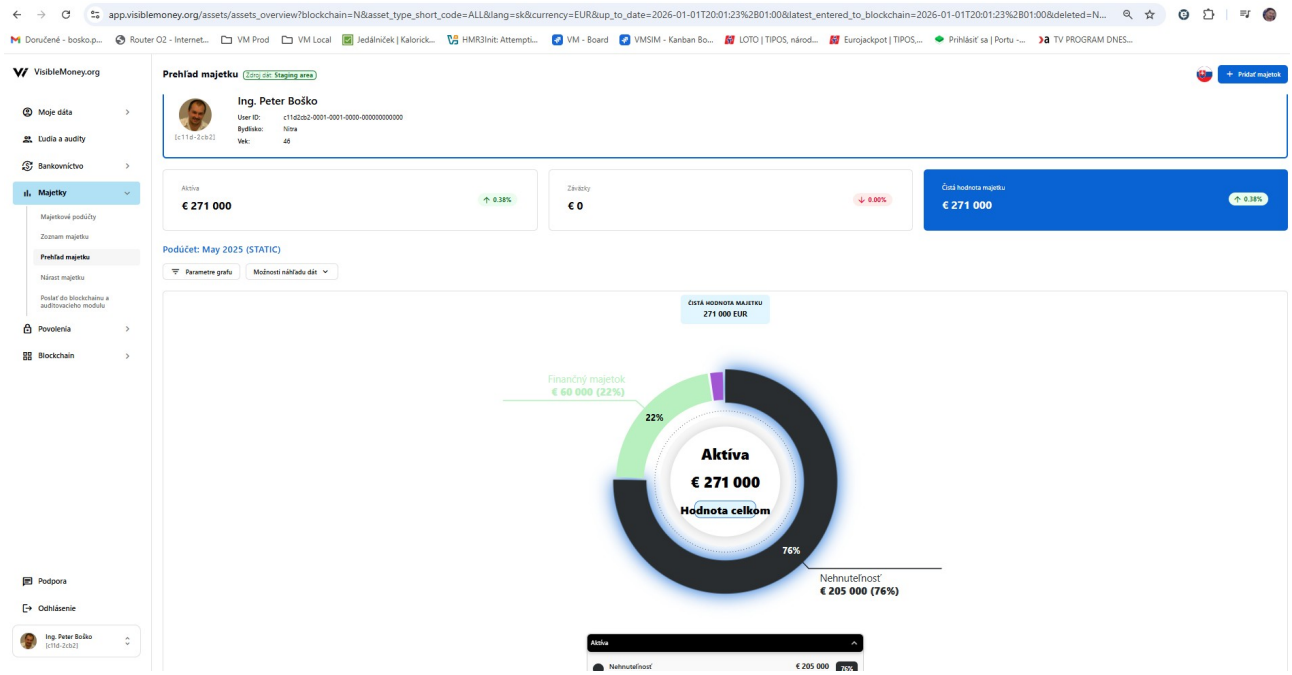
Abhishek —así se llamaba— supuso una ayuda palpable desde el primer momento. Me ayudó a comprender y resolver algunos problemas técnicos que tenía con el proyecto. El desarrollo está organizado de modo que se realiza dentro de una máquina virtual Linux, con todo lo necesario preinstalado. Una máquina virtual es algo parecido a un ordenador independiente dentro de otro ordenador, con la particularidad de que ese ordenador y su funcionamiento están emulados. Cualquiera puede copiarla fácilmente y ponerse a trabajar de inmediato, sin tener que instalar nada más. Gracias a la financiación relativamente generosa que yo aportaba, Abhishek incorporó a otros dos indios, de manera que, en realidad, trabajaban tres personas.

Uno trabajaba a jornada completa y los otros dos tenían además otro empleo. Así, el desarrollo de los frontends avanzó bastante deprisa. Yo conseguía compaginar mi trabajo con el desarrollo de la base de datos y del backend. En mi empleo aprendí muchas cosas: los italianos habían desarrollado ciertos aspectos como no había visto en ninguno de mis trabajos anteriores. En concreto, para garantizar la calidad del código habían creado algo llamado Test Tool.

Era una aplicación para realizar pruebas automatizadas del software que se entregaba. Antes de cada prueba permitía cargar en la base de datos la información necesaria a partir de archivos que la propia aplicación podía generar según unas reglas definidas. Así pues, el primer paso de una prueba automatizada era cargar esos datos; el siguiente podía ser ejecutar la función que se quería probar y, por último, una vez terminada la parte principal de la prueba, la aplicación consultaba la base de datos. Disponía de una consulta SELECT que ejecutaba sobre ella y comparaba el resultado con el estado esperado. Si todo estaba en orden, la prueba se marcaba como superada; si no, había que investigar dónde estaba el problema. Como la aplicación permitía ejecutar automáticamente conjuntos completos de pruebas, era una herramienta muy importante para garantizar la calidad del código de la empresa. Antes de implantar la versión más reciente de la aplicación en un cliente, el fin de semana anterior se ejecutaban de esta forma miles de pruebas automatizadas. El proceso se ponía en marcha el viernes por la tarde y el lunes por la mañana se revisaba qué había fallado. Si todas las pruebas se superaban, quedaba prácticamente garantizado que todo funcionaba como debía.

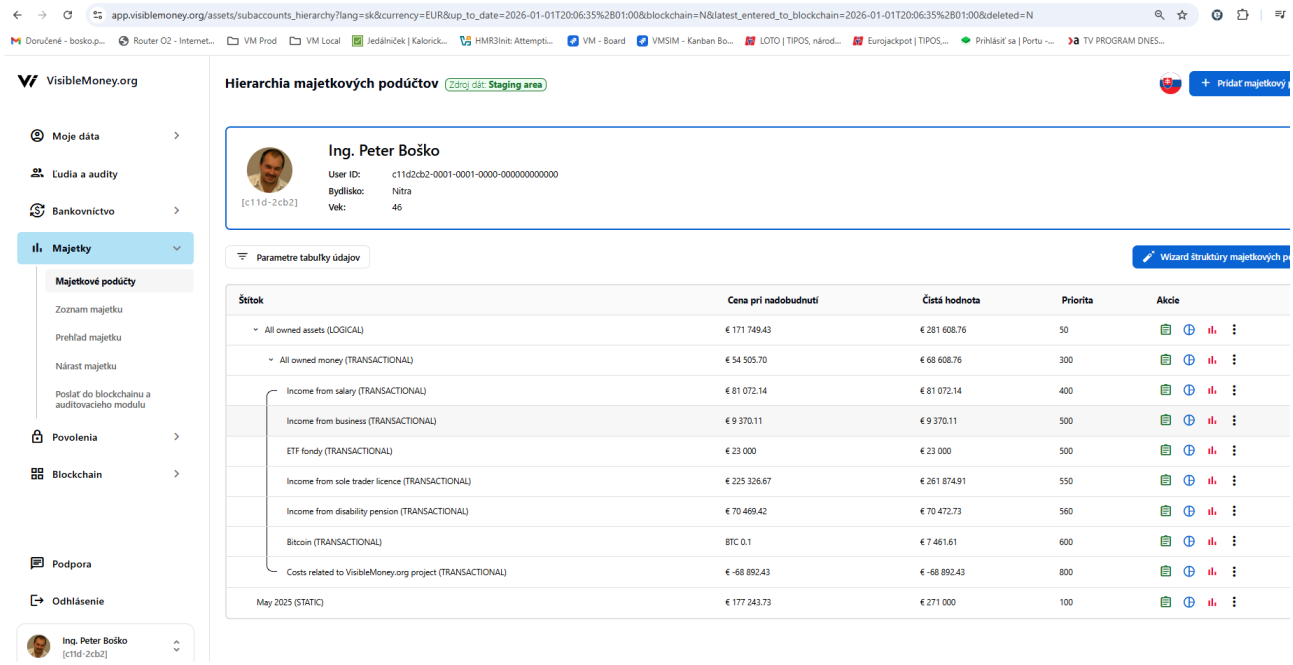
28 Presentación del proyecto Viditeľné peniaze en su forma actual

El proyecto busca aumentar la transparencia de los flujos patrimoniales y financieros de la sociedad. En su forma actual permite elaborar una declaración patrimonial, que puede ser estática: una simple relación de los bienes de una persona en un momento determinado. Se puede acceder a la aplicación desde la dirección https://viditelnepeniaze.sk con un solo clic, o directamente en https://app.visiblemoney.org/?lang=sk

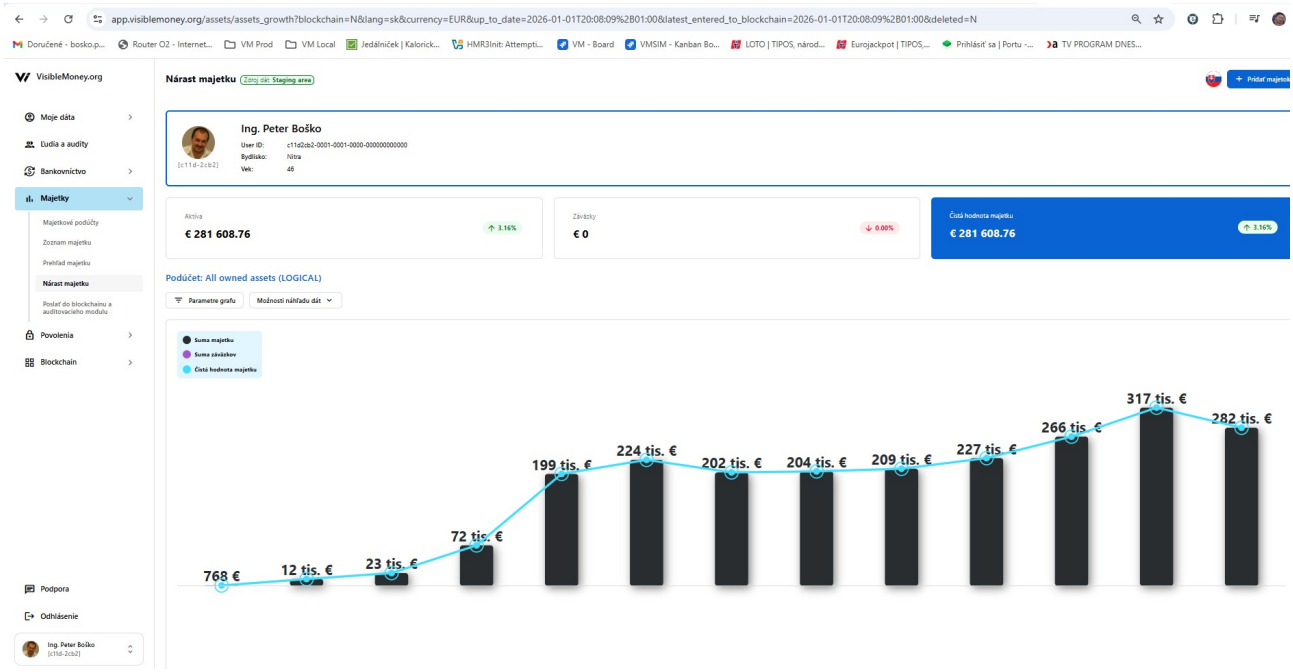


Mi declaración patrimonial estática en el proyecto, a mayo de 2025

También es posible elaborar en el proyecto una declaración patrimonial detallada, que recorre la evolución en el tiempo y permite conocer, por ejemplo, cuánto ha ganado una persona con operaciones inmobiliarias o con otros tipos de bienes. De ese modo puede verse con detalle cómo ha llegado su patrimonio al nivel actual.



Estructura de mis subcuentas patrimoniales en la declaración patrimonial detallada de la aplicación

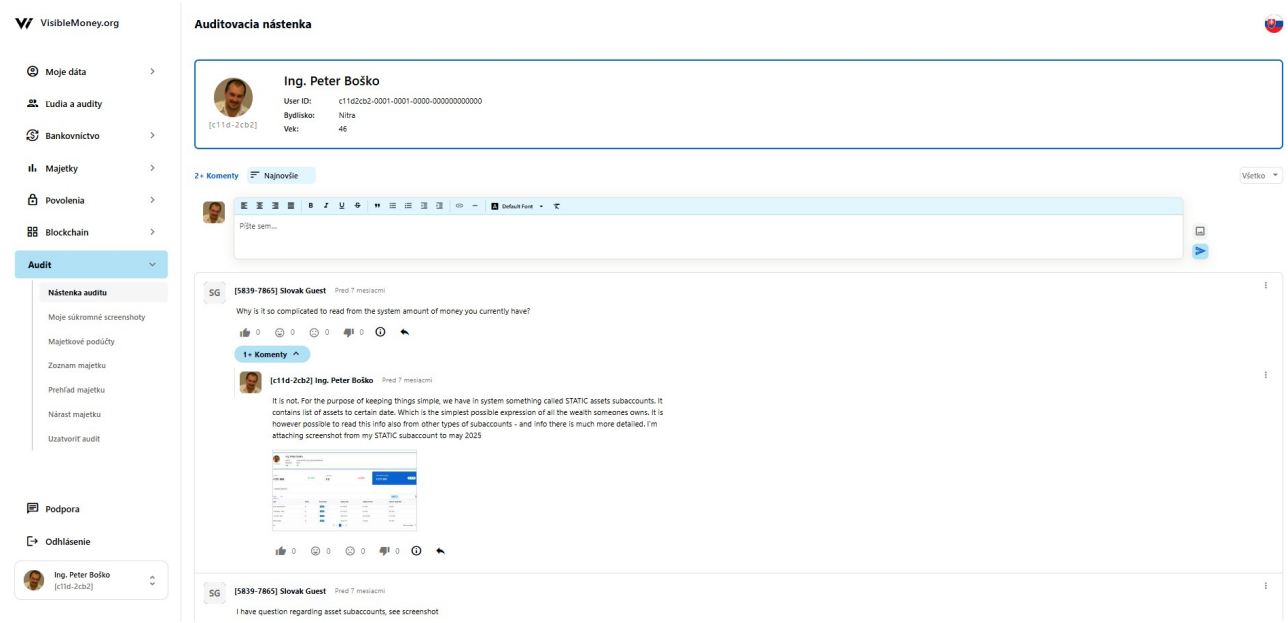


El crecimiento de mi patrimonio en la aplicación a lo largo del tiempo, desde 1998 hasta 2025

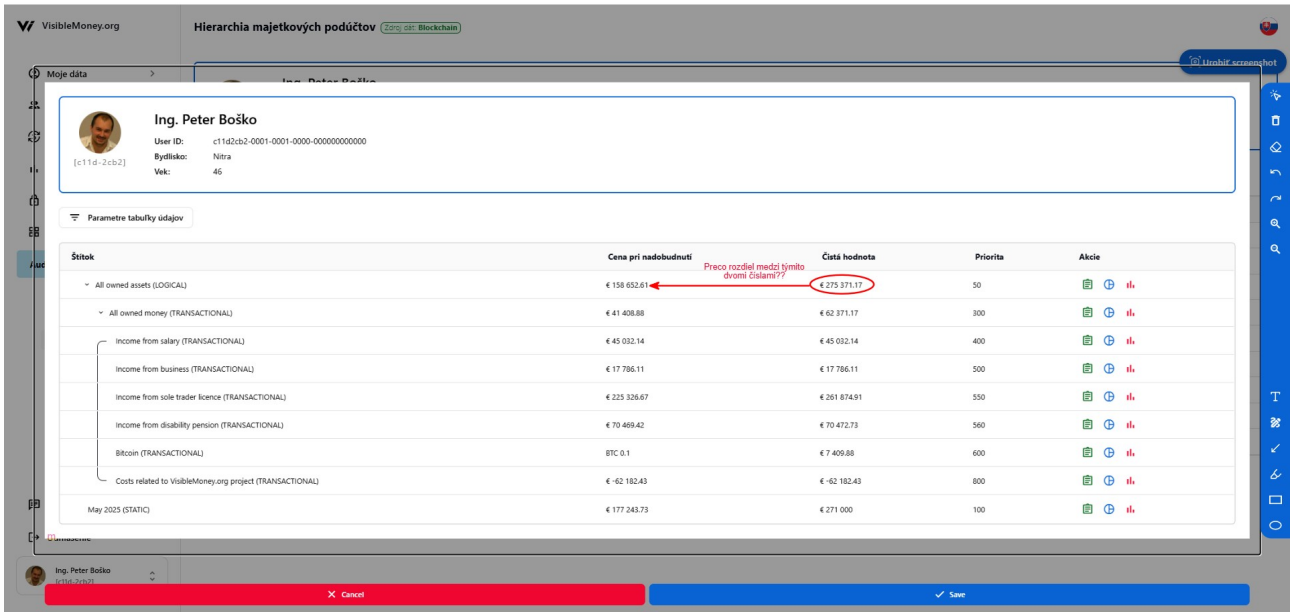
Otra función no menos importante del proyecto es la llamada auditoría. La auditoría permite a los demás miembros del proyecto consultar los datos patrimoniales de un usuario. Quién tiene derecho a consultarlos puede regularse mediante el grado de transparencia que cada persona elija en el proyecto: desde la ausencia de transparencia, pasando por la transparencia previa solicitud y la transparencia a través de un tercero —el llamado auditor público—, hasta la transparencia plena. La transparencia previa solicitud significa que, cuando alguien pide consultar los datos de un usuario, este debe aprobar expresamente la petición; solo entonces se facilita el acceso. La transparencia a través de un auditor público significa que, cuando se solicita una auditoría, la petición, acompañada de una descripción, llega a manos de una tercera persona encargada de responder a ese tipo de consultas. Su tarea consiste en estudiar la documentación, realizar la

auditoría de los datos y comunicar por escrito el resultado a quien la haya solicitado. La transparencia plena significa que cualquier usuario verificado de la aplicación tiene derecho a auditar los datos de otro usuario. Otro elemento que puede limitar quién tiene acceso es una configuración que permite restringir el derecho a auditar a los usuarios cuya identidad se haya verificado mediante un documento: el documento nacional de identidad, el pasaporte u otro documento identificativo. Así se puede garantizar que únicamente los usuarios que actúan con su propio nombre puedan auditar a otro usuario.

La sección de la aplicación en la que se realizan las auditorías incorpora una función llamada tablón de auditoría. Es algo parecido a un tablón de internet en el que pueden publicar observaciones todos los usuarios que hayan accedido a la auditoría. El módulo de auditoría permite hacer una captura de la pantalla que se está consultando y escribir comentarios sobre ella o resaltar determinados datos. Después, esas capturas comentadas pueden publicarse en el tablón de auditoría del usuario.



Tablón de auditoría de la aplicación



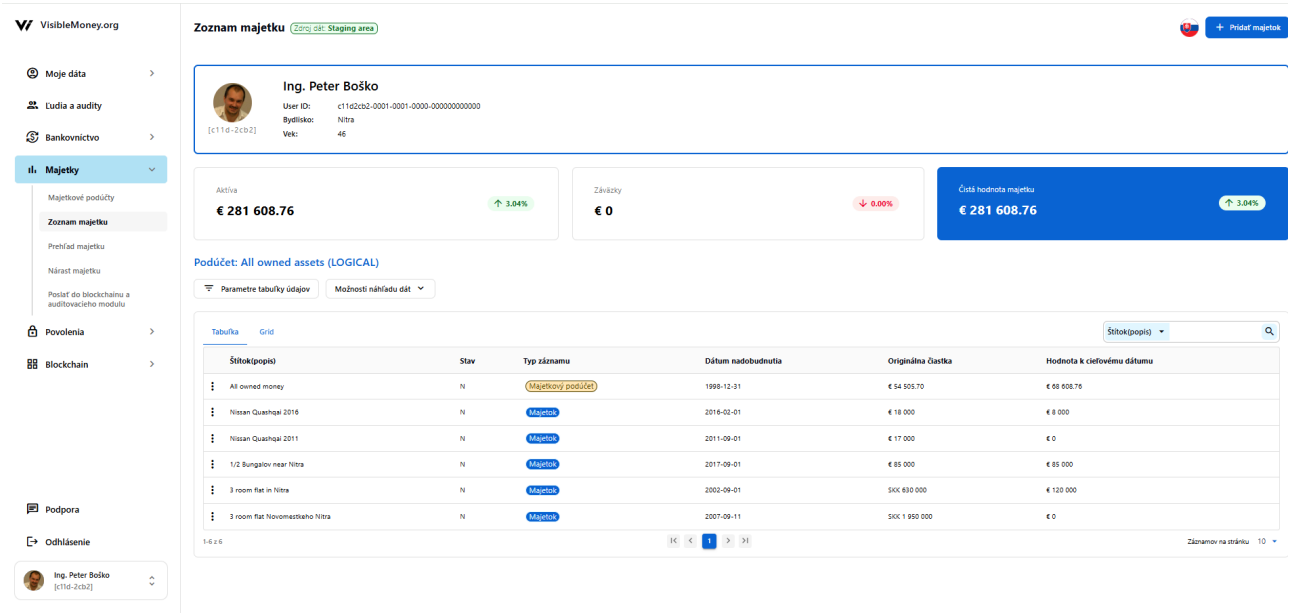
Módulo de auditoría de la aplicación, que permite comentar datos concretos

29 Las funciones de blockchain del proyecto

Desde el principio, el proyecto se está construyendo con las tecnologías y las medidas de seguridad necesarias para que pueda llegar a desempeñar el papel de sistema central de liquidación de la sociedad que Walsch describió en su libro. La función del blockchain en el sistema es garantizar la autenticidad de los datos e impedir que, por ejemplo, alguien se limite a borrar o modificar información directamente en la base de datos. Como tecnología, el blockchain es una base de datos en la que, una vez que algo entra, queda para siempre, como grabado en piedra. Es técnicamente imposible modificar algo a posteriori en un blockchain sin alterar la integridad de los datos. Si tal cosa llegara a ocurrir en una base de datos de blockchain, se detectaría de inmediato en la primera comprobación.

Por eso, todos los datos importantes del sistema entran en el subsistema de blockchain poco después de crearse. En ese subsistema, cada dato se convierte a su forma textual —la representación de los datos en JSON—. A continuación, el valor hash de ese texto se incorpora al blockchain. Para garantizar la posibilidad de eliminar datos de acuerdo con el RGPD, no se introducen en el blockchain los valores textuales completos, sino únicamente sus hashes SHA256. Si un usuario dice que quiere abandonar el proyecto y que borremos sus datos de manera irreversible, podemos hacerlo. No necesitamos tocar la parte del blockchain, porque en él solo están los hashes de los valores, no los valores en sí. Y los hashes carecen de utilidad sin el valor original a partir del cual se calcularon, que es precisamente lo que eliminamos.

Sobre la forma de registrar los datos en el sistema, también hay que señalar que cualquier actualización se realiza, en la parte del blockchain, creando en la base de datos una nueva versión del objeto correspondiente, junto con una marca de tiempo que indica cuándo se produjo el cambio. Supongamos, por ejemplo, que el 1 de enero de 2025 alguien registra en el blockchain que ha comprado un coche por 50 000 EUR. Si medio año después cambia el precio de compra a 80 000 EUR, el usuario que lo audite podrá llegar a ver ambos valores. Si realiza la auditoría sobre una instantánea creada a fecha de 1 de enero de 2025, verá el valor de 50 000; si lo hace sobre una del 1 de junio de 2025, verá 80 000 EUR. Al introducir datos hay que tener presente que, una vez que algo entra en el blockchain, permanece allí para siempre.



Pantalla con la lista de bienes

30 La protección del proyecto frente a cualquier uso indebido antes de que se convierta en el núcleo de la sociedad

Si el proyecto demuestra su validez hasta el punto de que parezca razonable trasladar a él todo el funcionamiento de la sociedad, los mayores expertos del planeta en seguridad informática tendrán que revisar todo el enfoque del proyecto. Desde la manera en que se desarrolla hasta la forma en que, por ejemplo, el personal de back office consulta los datos del sistema, pasando por el modo en que los desarrolladores utilizan un cliente SQL sobre la base de datos en producción para investigar problemas.

Debe regir la norma de que toda consulta de datos quede registrada a nivel de sistema, sin que sea posible desactivar ese registro. Tanto si se trata de una auditoría realizada mediante las funciones de la aplicación como de una consulta por parte de un usuario de back office o de una instrucción ejecutada con un cliente SQL sobre la base de datos en producción. El titular de los datos debe poder conocer, a través de la aplicación, todas las consultas que se hayan hecho de ellos.

Los procedimientos para tareas como la depuración de errores de la aplicación tendrán que incluir medidas como la anonimización de los datos que se descarguen del entorno de producción para corregir fallos. Con el equipo estoy desarrollando una aplicación que permitirá exportar los datos de un usuario desde una base de datos e importarlos después, por ejemplo, en un entorno de pruebas, para reproducir el estado del entorno de producción. Una herramienta así debe contar con funciones de anonimización de los datos descargados muy bien desarrolladas. Probablemente, el traslado de datos al entorno de pruebas tendrá que correr a cargo de un equipo especializado, con procedimientos claramente establecidos para llevarlo a cabo.

En este momento no soy un experto en seguridad informática capaz de sacar de la manga, a la primera, todas las medidas necesarias para protegerlo todo. Precisamente por eso digo que esa revisión de la seguridad del proyecto debe realizarla un grupo de especialistas. Otros especialistas tendrán que examinar las medidas propuestas, y estas deberán refinarse en sucesivas iteraciones hasta que todos coincidan en que la protección es suficiente incluso para un proyecto de esta importancia.

Subestimar ese paso podría conducir a una catástrofe de proporciones bíblicas. Por eso es imprescindible insistir en que exista consenso sobre el nivel de seguridad y no restar importancia a nada bajo ninguna circunstancia. La seguridad del proyecto debería supervisarse y evaluarse de manera continua, incorporando todos los conocimientos actuales conforme al estado más reciente de la informática y del saber humano.

Los registros de las consultas al sistema deberían revisarse periódicamente para comprobar la legitimidad de los motivos que llevaron a acceder a los datos. Probablemente, antes de que se efectúe cualquier consulta, habrá que completar algún trámite administrativo que la legitime.

Sin duda, no será sencillo establecer procedimientos y normas a toda prueba para trabajar con los datos reales del proyecto. Pero no dudo de que, cuando las personas adecuadas se pongan a ello, harán maravillas. Si una sola persona fue capaz de idear y crear algo como Bitcoin, para los mejores especialistas una tarea así será un juego de niños en comparación con una criptomoneda descentralizada.

En cuanto a la seguridad de la tecnología blockchain ante la posible llegada de los ordenadores cuánticos, que quizá pudieran calcular qué aspecto deberían tener unos datos para

producir un hash determinado, creo que el problema se podrá resolver con facilidad calculando varios hashes de los datos que se desea proteger. En lugar de almacenar un solo hash se guardarán, por ejemplo, tres: para el valor Peter, el primero se calculará a partir de la cadena Peter; el segundo, de la cadena Peter1; y el tercero, de la cadena Peter2. Tal vez un ordenador cuántico sea capaz de averiguar cómo modificar la entrada para que el primer hash coincida con el de la cadena Peter, pero ya no encontrará cómo modificarla de modo que coincidan a la vez los hashes correspondientes a Peter y a Peter1, porque probablemente esa combinación ni siquiera exista. Seguramente se puede calcular con exactitud cuántos hashes hacen falta para agotar de manera fiable todas las posibilidades que ofrece la realidad, de modo que las combinaciones adecuadas de hashes resulten imposibles porque, sencillamente, no existan.

31 Las elecciones presidenciales

A principios de 2023 decidí aprovechar la oportunidad que se abría con las elecciones presidenciales de Eslovaquia, previstas para febrero de 2024, y las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2024. No tenía ninguna posibilidad de terminar el proyecto a tiempo para las elecciones parlamentarias del otoño de 2023, entre otras cosas porque aquellas elecciones eran inesperadas: se habían adelantado.

Esperaba conseguir que algunos candidatos honrados a la presidencia publicaran los datos de su patrimonio a través de la aplicación. En el trabajo se estaba produciendo algún cambio entre proyectos y, como a la empresa le costaba encontrarme una nueva tarea, me ofrecí a tomarme seis meses de permiso sin sueldo para poder terminar Viditeľné peniaze y prepararlo para las elecciones presidenciales.

Desde el punto de vista empresarial, aquellas elecciones acabaron mal para mí. No conseguí convencer a nadie de que se registrara en el sistema y publicara los datos de su patrimonio. Durante un tiempo mantuve contacto con alguien que, al parecer, era asistente de Ivan Korčok, pero al final todo quedó en nada. Quizá fuera lo mejor, porque en aquel momento el diseño gráfico de la aplicación era poco atractivo y sus funciones todavía dejaban mucho que desear. En esencia, solo se podían elaborar declaraciones patrimoniales estáticas: una relación de los bienes que se poseían en un momento determinado.

Tras aquellos meses de pausa llegó el momento de volver a trabajar para los italianos. Sin embargo, resultó que se habían producido cambios en los proyectos y no tenían trabajo para mí, pese a lo acordado. Tuve que empezar a buscar empleo en otra parte. Después de unos seis meses de búsqueda conseguí un puesto en otra multinacional para trabajar en un sistema bancario, también como programador sénior de Oracle, especializado en bases de datos.

En cambio, el proyecto en sí dio un enorme paso adelante. Encontré a una diseñadora gráfica muy capaz que hizo el sistema más humano. Por fin tenía el aspecto que debía tener. También introduje cambios funcionales que permitían registrar el patrimonio con mayor detalle y elaborar, además de una declaración estática, una declaración patrimonial detallada en la que se pudieran consultar datos como las ganancias obtenidas con operaciones sobre inmuebles que ya no se poseían. Se añadió asimismo la posibilidad de registrar operaciones con criptomonedas y seguir en el tiempo la evolución y la amortización de una hipoteca, por ejemplo. En mayo de 2025 la aplicación había alcanzado por fin un nivel del que, de verdad, ya no tenía por qué avergonzarme.

En cuanto al marketing, empecé a enviar correos masivos sobre la existencia del proyecto y su misión, por ejemplo, a los diputados del Parlamento Europeo. Creo que el Parlamento Europeo tiene más de setecientos miembros. De los setecientos correos enviados, unos seis eurodiputados hicieron clic en el enlace a la página. Dos asistentes de eurodiputados incluso me respondieron. De uno leí que tenía inclinaciones prorrusas; no quería tener nada que ver con una persona así. El otro, un eurodiputado checo, me deseó mucho éxito con el proyecto, pero, cuando lo invité a elaborar su declaración patrimonial en el sistema, la comunicación se apagó.

32 Ambiciones políticas

Empecé a comprender que el proyecto no tenía posibilidades de crecer si yo mismo no daba ejemplo y mostraba a los demás cómo se debe hacer política de manera honrada: con sentido común, con plena transparencia y, por último, aunque no menos importante, a escala global.

Decidí, por tanto, fundar un partido político, al menos de manera informal por el momento, que se apoyara en esos tres pilares.

Primer pilar: el sentido común

El primer pilar queda recogido en un documento que describe el enfoque del nuevo partido sobre los distintos temas sociales que hoy están de actualidad. En algunos casos he pasado toda la vida reflexionando sobre lo que allí se expone. Intenté volcar en esas tesis toda la sabiduría que he recogido a lo largo de mi vida. No creo que sea posible abordar esas cuestiones de forma más razonable que la descrita en el documento. Allí tengo en cuenta, por ejemplo, que hay asuntos que un simple mortal no tiene ninguna posibilidad de resolver adecuadamente sin una estructura de apoyo. Por eso propongo crear un consejo de ámbito planetario que se ocupe de las cuestiones éticas de la convivencia humana que, a primera vista, resultan difíciles de resolver. Sus dictámenes deberían ser vinculantes para todos los gobiernos del mundo. Si un consejo así llega a un acuerdo, su valoración será mucho más competente, estará respaldada por toda la autoridad y los recursos de los que disponga y, además, será imparcial y objetiva, ajena a cualquier populismo. Una de las cuestiones que yo le plantearía, por ejemplo, sería si es o no apropiado que las personas de otra orientación sexual puedan adoptar un niño, y en qué condiciones.

Ningún político puede decidir razonablemente algo así desde un despacho. Elaborar unos criterios que establezcan cuándo y en qué circunstancias debe permitirse o denegarse la adopción de un niño a una pareja del mismo sexo requiere un estudio intenso de numerosos casos, tanto de aquellos en los que la adopción salió bien como de aquellos en los que salió mal. Solo después de analizar una gran cantidad de experiencias favorables y desfavorables será posible elaborar un procedimiento para actuar en cada circunstancia. Ese procedimiento puede incluir una evaluación psicológica y sexológica de los futuros padres, e incluso trámites muy largos que quizá no les resulten agradables. Pero, si el deseo de la pareja de formar una familia casi plenamente constituida es sincero y serio, no tendrá problema en someterse a ellos. Que un político decida desde su despacho, por una simple corazonada, que alguien no tiene derecho a una vida familiar plena solo por su orientación sexual es señal de una simplificación burda y de un populismo que no tienen cabida en una sociedad moderna.

Otro ejemplo de un enfoque poco convencional es mi postura ante los migrantes y la migración. Creo que tener la suerte de nacer en una región desarrollada del mundo no solo conlleva derechos, sino también obligaciones. Una de ellas es tender una mano a otro ser humano desde nuestra situación de comodidad cuando haga falta. Los problemas que a veces surgen con los migrantes, como su mala integración en la sociedad, serán fáciles de resolver gracias a Viditeľné peniaze. En su nuevo país, el migrante ocupa la posición de un huésped y debe respetar las reglas de su nuevo hogar. De lo contrario, el país de acogida se reserva el derecho a rechazarlo. Entre esas reglas podría figurar, por ejemplo, la exigencia de que los migrantes se sometieran al grado más estricto de transparencia del dinero en Viditeľné peniaze. Eso significaría que todas sus transacciones económicas estarían bajo la lupa de quienes los rodean. En cuanto uno comprara una escopeta de aire comprimido para disparar a los gorriones, su entorno pondría el grito en el

cielo y tendría que dar explicaciones. Los migrantes sujetos a un sistema así serían los mejores migrantes del mundo.

Otros argumentos a favor de la migración, como el descenso de la población, son bien conocidos. Pero no pretendo esgrimirlos, porque creo que el planeta, sobre todo cuando la ciencia resuelva la inmortalidad humana, tendrá que afrontar el problema contrario. Si las personas no mueren de enfermedad ni de vejez, el planeta tendrá que ocuparse de la superpoblación, no de la falta de habitantes.

Segundo pilar del partido político: una transparencia rigurosa

El segundo pilar, una transparencia rigurosa, se apoyará en gran medida en el proyecto Viditeľné peniaze. Cada miembro del nuevo partido tendrá que elaborar en el proyecto una declaración patrimonial detallada, que deberá ser validada por toda la ciudadanía o, como mínimo, por un entorno de confianza del político. Creo que, si el proyecto demuestra su validez, tendrá sentido plantear una legislación que obligue a los políticos en activo a mantener actualizados en él los datos de su patrimonio. Además, deberían permanecer en el proyecto de por vida, incluso después de abandonar la política, para que pudieran detectarse posibles movimientos patrimoniales irregulares aunque se produjeran tras su retirada. A largo plazo, el objetivo es que participen todas las personas, no solo los políticos, porque únicamente así se manifestarán plenamente sus efectos. Sin embargo, muchas personas no lo comprenderán, al menos al principio. Primero habrá que comprobar los efectos positivos del proyecto. Los candidatos más claros para esa primera prueba son los políticos y quienes cobran del erario público, porque en su caso es especialmente importante demostrar que son incorruptibles. Es evidente que, desde el comienzo, el proyecto tendrá numerosos fallos y carencias, pero espero contar precisamente para eso con mi equipo: para corregirlos y hacer que el proyecto avance en la dirección deseada.

Tercer pilar: el alcance global

Una vez globalizados el comercio y la vida económica del planeta, ha llegado la hora de globalizar también la política. Es una vergüenza que, en una época en la que la humanidad ha conseguido digitalizar el conocimiento mediante la creación de la inteligencia artificial, sigamos sin tener una representación política formal del planeta en su conjunto. La Organización de las Naciones Unidas carece prácticamente de competencias políticas reales, y esa impotencia permite que los políticos de los distintos países hagan lo que les dé la gana. Resulta vergonzoso que en el siglo XXI sigan existiendo guerras entre naciones o grupos de población.

Una fuerza política moderna que aspire a unir a la humanidad debería funcionar con principios parecidos a los de las empresas globales, como McDonald's. Igual que en una sede central de McDonald's se desarrollan productos que luego se venden por todo el mundo, un partido político global debería tener una sede en la que se elaboraran los mejores productos políticos posibles. Esa sede central asumiría cada problema de actualidad que necesitara una solución y la prepararía de la mejor manera posible, guiándose por el sentido común, con rigor y con una postura estrictamente contraria al populismo. El hecho de que los políticos locales del partido, en cada país, estuvieran obligados a seguir las posiciones de la dirección central reduciría la tentación del populismo y de la improvisación indeseada. Si existe un problema en el mundo, un equipo de los mejores especialistas en la materia debería reunirse para determinar cómo resolverlo. Ese equipo tendría que ofrecer siempre la solución más razonable posible, que sería vinculante para los políticos locales. Así se evitaría reinventar la rueda sin necesidad: en el ámbito

local se adoptarían, sencillamente, las soluciones elaboradas en la sede central. Y esas soluciones las habrían concebido las mejores mentes del planeta en cada materia, sin populismos indeseados y siempre de acuerdo con el sentido común.

Más adelante, cuando se hayan consolidado suficientemente las estructuras de los partidos locales, la elaboración de una posición común pasará de la sede central a una especie de consejo interno formado por los principales dirigentes de las distintas organizaciones locales, que será algo así como un cerebro dentro del cerebro del planeta.

Creo que a esta forma de funcionar del mundo se la llama Nuevo Orden Mundial. En las teorías de la conspiración se presenta el Nuevo Orden Mundial como una especie de dictadura siniestra cuyo objetivo es esclavizar a la humanidad. Yo creo que la verdad es exactamente la contraria. El Nuevo Orden Mundial es, en realidad, una nueva manera de organizar la vida económica, social y política de la humanidad. Una manera en la que la clave de una convivencia equitativa y justa es un sistema social asentado en los fundamentos de la democracia liberal y ampliado con una transparencia casi plena de los flujos financieros y patrimoniales. Creo que ese cambio de organización es necesario para que la humanidad pueda seguir desarrollándose y creciendo con relativa seguridad incluso en la era de las tecnologías actuales.

33 Fragmentos de mi blog personal

Diebus solitudinis

Días de soledad, o Nothing else matters.

Cuando la claridad de tu propia mente te obliga a actuar con claridad.

Cuando estás solo como el pie izquierdo, sabes que en algún lugar está también el derecho.

Somos personas a la orilla de un río; ¿acaso lo saben ya desde hace siglos?

Un río ha de tener dos orillas. Gustoso entraré desnudo en sus aguas.

De vuelta al tiempo en que la madre de mi madre me bautizó. Y con la fe consagró la vida.

En el templo, la inmensidad de esta pérdida; en lo hondo del alma, no la pagaré sin retribución.

La intensa claridad de estos versos teje en el corazón un manantial de agua viva.

En el nombre del Padre, del Espíritu, del Hijo: con ojo cristalino capta la verdad.

En ese espejo, con tanta nitidez, las imágenes se convierten sin duda en vida.

Y así también tú, en este instante, has cobrado vida.

Katka Knechtová — Spomaľ — un diálogo singular

Ella: Tras algo legendario, hacia jardines donde no hay cruz.

¿Adónde vas con tanta locura? No consigo seguirte.

Ve más despacio: tu velocidad es demasiado alta, solo la percibo con el sexto sentido.

Siento vértigo.

Me apresuro a tu lado y ya estoy harta de multas innecesarias.

¿He de tener miedo?

Él: No, amada mía, puedes estar segura de que no tienes que temer.

Aunque quizá un poco de miedo no haga daño.

Está naciendo algo de una belleza inmensa.

Un país, o quizá más bien un mundo entero, donde ya no haya dolor.

Un mundo donde el ser humano respire libre.

Un mundo donde el ser humano sea eternamente joven.

Un mundo donde cada cual haga lo que de verdad le gusta.

Uno compone, otro reparte helados en la plaza.

Un tercero dedica su vida a criar a sus hijos.

Para sentir mejor cómo vuela el tiempo.

Solo ha de prometer ante el altar que formará con la madre de sus hijos una pareja ejemplar hasta que estos alcancen los primeros años de la edad adulta.

Un mundo donde los valores hayan dejado de medirse en dinero, un mundo donde se vele de verdad por la felicidad humana.

Donde ya no haya enfermedad, donde la humanidad se libre de la servidumbre.

Un mundo donde ya no haya escasez, donde el ser humano dedique su energía solo a lo que de verdad encierra amor:

la familia, la felicidad, la fe y aquello que dé sentido a su vida.

Tres desafíos fundamentales de la humanidad actual y mi respuesta a ellos

Tres desafíos de nuestro tiempo a los que he decidido dedicar mis energías. Desde cambiar las reglas de la sociedad y alcanzar la vida eterna hasta avanzar en la ontología del ser.

Desafío número 1: un pequeño cambio en las reglas por las que se rige la sociedad, con un impacto enorme en la eficacia de la convivencia humana: la implantación de Viditeľné peniaze

Soy programador de profesión. En programación es bastante habitual que, después de crear una función para un cliente y conseguir que todo funcione como debe, uno vuelva a reflexionar sobre el problema en su conjunto. Esta vez, sin embargo, cuenta con toda la experiencia que no tenía al empezar y, si las circunstancias lo permiten, programa de nuevo toda la solución, ahora con un planteamiento mucho más coherente. Ya sabe qué problemas le esperan, qué excepciones tendrá que contemplar su sistema, etcétera. A ese proceso se lo llama refactorización. Y la última vez que alguien llevó a cabo una refactorización con una visión de conjunto del funcionamiento de la sociedad fue Jesucristo, hace dos mil años. Han pasado dos mil años y, durante ese tiempo, nadie se ha detenido a pensar en una manera mejor, concebida de forma más coherente, de organizar la sociedad humana. Las palabras de Cristo «El que de ustedes esté libre de pecado, que tire contra ella la primera piedra» y «Traten a los demás como quieren que ellos los traten» representaron un avance respecto de los diez mandamientos de Moisés, pero, desde los tiempos del Nazareno, las reglas de la sociedad han evolucionado más o menos por inercia. Lo que intento decir es que quizá, después de dos mil años acumulando experiencia, haya llegado el momento de tomar distancia y tratar de proponer cómo podría funcionar mejor la sociedad humana. La primera vez que vislumbré una respuesta a cómo debería ser la sociedad del tercer milenio fue en un texto del autor estadounidense Neale Donald Walsch, en su libro Conversaciones con Dios 2. Lo leí a mediados de los años noventa, cuando en Eslovaquia campaban a sus anchas el mečiarismo más salvaje y las luchas por los bienes que acababan de privatizarse. En esencia, la idea es muy sencilla. Según el autor, en las sociedades desarrolladas —aquellas en las que nadie quiere obtener nada a costa de otro—, el dinero es plenamente transparente y visible. Es decir, cualquier persona puede averiguar y comprobar en cualquier momento cuánto dinero tiene cada cual, cuáles son sus bienes y sus flujos financieros, etcétera. Como informático, comprendí que algo así podría llevarse a la práctica mediante un sistema bancario que contuviera esa información, pudiera facilitarla y, al mismo tiempo, actuara como centro de liquidación de toda la sociedad. Si se le ocurren mil razones por las que, a su juicio, esto no podría funcionar, pruebe primero a navegar por https://viditelnepeniaze.sk, donde he examinado la idea por todos sus lados, de arriba abajo. También puede suscribirse por correo electrónico al boletín: para mí, el número de suscripciones es un indicador importante de hasta qué punto estoy logrando, o no, llegar al público.

Para concluir, creo que la transición de toda la sociedad a un sistema financiero transparente, en el que el dinero, el patrimonio y sus movimientos sean completamente visibles, quizá no solo mejore el funcionamiento de la humanidad en su conjunto, sino que incluso sea una necesidad. Permitiría introducir mecanismos de control en puntos neurálgicos de la sociedad cuya vigilancia puede ser crucial y de cuya protección el capitalismo clásico no se ocupa en absoluto. El ejemplo más evidente que se me ocurre es que, gracias a Viditeľné peniaze, sería mucho más fácil

controlar qué hacen realmente, por ejemplo, los laboratorios biológicos capaces de desarrollar un nuevo virus mortal.

Desafío número 2: avances médicos que permitan curar todas las enfermedades, incluso la vejez, y alcanzar la vida eterna

A mi juicio, la mayor oportunidad empresarial de nuestro tiempo no son los coches eléctricos autónomos, sino algo que responde a las necesidades de cada persona de una forma mucho más íntima y personal que cualquier bien material de moda. Los avances de todas las ciencias están iluminando un camino que, tarde o temprano, se hará realidad. Me refiero al progreso de la medicina. Pero no solo a la curación de enfermedades. Desde la capacidad de curar cualquier enfermedad solo hay un pequeño paso hasta revertir también los procesos biológicos del cuerpo humano: detener el envejecimiento o incluso hacer retroceder directamente el reloj biológico.

Como informático, veo en la solución de este problema, que afecta a todas y cada una de las personas, un campo enorme de aplicación para las tecnologías de software. El problema de la medicina es la retroalimentación. En realidad, un médico nunca puede decirle con una certeza del cien por cien cómo va a reaccionar su cuerpo a un medicamento. Y mucho menos qué efectos secundarios tendrá si lo toma durante diez años seguidos. Los modelos informáticos del cuerpo podrían resolver ese problema. Un modelo informático del cuerpo humano es un sistema capaz de calcular cómo se comportará una parte del organismo bajo determinadas condiciones externas. Esa virtualización del cuerpo humano se convertirá en el santo grial de la medicina. La posibilidad de probar cómo reaccionará el organismo a distintas sustancias químicas o tratamientos pondrá en manos de los médicos una herramienta con la que podrán controlar a la perfección todas y cada una de las células del cuerpo humano.

A todo el mundo le preocupa profundamente su propia salud, y cualquier avance en este terreno se verá recompensado con un enorme éxito empresarial. Incluso es posible que lleguemos antes a la inteligencia artificial general intentando simular la química y los procesos del cerebro humano que construyendo redes neuronales artificiales.

Para relacionar la conclusión de este desafío con el título del artículo, creo que, si consiguiera ganar en el primer paso dinero suficiente para financiar la investigación del segundo desafío, aunque durase varias décadas, sería posible llevarlo a cabo. Tengo claro que empresarios capaces aprovecharán esta oportunidad con independencia de mí; pero, si yo abordara todo el asunto de manera sistemática y sin perder de vista el objetivo, seguramente podría acortar el proceso unos cuantos años. Para las personas de mi generación, eso puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Rectifico: entre la vida eterna y la muerte.

Creo que toda la idea podría hacerse realidad en veinte años, de una manera semejante a como se logró leer el genoma humano. En el cambio de milenio se estimaba en mil millones de dólares el coste de leer el genoma de una persona. Veinte años después, la secuenciación genética se ofrece comercialmente por mil euros. La tarea que describo es, ciertamente, un orden de magnitud más compleja, pero también puede llevarse a cabo con tecnologías veinte años más avanzadas.

Desafío número 3: avanzar en la ontología del ser, obtener una prueba absolutamente concluyente de que el mundo exterior y las personas que me rodean son tan reales como yo, y resolver el problema de la soledad

Este desafío toca una característica de la vida y del ser que, a mi juicio, es a la vez la mayor maldición y la mayor bendición del ser humano y de la existencia misma. Supongo que este párrafo resultará difícil de entender para mucha gente. La mayoría de las personas de mi edad tienen las manos llenas ocupándose de quienes dependen de ellas: me refiero a la crianza de los hijos. Cuando uno tiene esas preocupaciones, al final del día se da por satisfecho con haber salido adelante, y cualquier divagación de este tipo, sobre el sexo de los ángeles, le parecerá absurda e inútil. Sin embargo, la situación cambiará radicalmente si de verdad se logra superar el segundo desafío y las personas viven por tiempo indefinido. Los hijos crecerán y se marcharán; incluso es posible que, debido a los recursos limitados del planeta, ya no se pueda tener un número ilimitado de hijos como ahora. Una vez superada la primera etapa de su vida, las personas solo tendrán más hijos de manera excepcional. Dispondrán de más tiempo para la introspección y para observar su mundo interior.

Como esta parte del artículo probablemente resulta muy personal, quizá convenga explicar desde qué situación hablo. Tengo cuarenta y dos años, la esclerosis múltiple me mantiene en una silla de ruedas y es probable que la enfermedad aún no haya dicho su última palabra. En estas circunstancias tendría que estar un poco loco para reunir el valor de formar una familia. Lo que intento explicar es que mi situación personal es bastante particular y que quizá reflexione también sobre cuestiones a las que la mente humana no suele asomarse.

Son muy pocas las cosas de las que una persona tiene una certeza absoluta, del cien por cien. Una de las que figuran en esa lista privilegiada es la afirmación de René Descartes: «Pienso, luego existo». Si se cumple la lógica elemental, del hecho que uno está experimentando en ese momento —que piensa— se desprende necesariamente que debe ser una entidad real, puesto que produce pensamiento. La inmensa mayoría de las demás cosas de la vida están a años luz de la certeza que tenemos sobre nuestra propia existencia. La percepción humana puede estar tan alejada de la realidad como la de quien solo ve las sombras de la célebre caverna de Platón. Sobre su entorno, una persona únicamente puede saber lo que le transmiten sus sentidos. Si, por ejemplo, tiene alguna alteración perceptiva —si es daltónica—, nunca comprenderá cómo ven el mundo las personas que no la tienen. En teoría, el mundo exterior ni siquiera tiene por qué ser real: basta con que se lo parezca a sus sentidos. Dicho de otro modo, el ser humano no tiene ninguna prueba de su entorno; nada de lo que lo rodea tiene por qué ser real si sus sentidos lo engañan de forma continua. Creo que el mayor salto cualitativo de la percepción que quizá podamos experimentar es alcanzar una certeza de la misma naturaleza que la que tenemos sobre nuestra existencia: la certeza de que aquello que nos importa en el mundo exterior es de verdad tan real como nosotros mismos. Si alguna vez consigo esa certeza sobre el mundo exterior, me sentaré y lloraré de alivio durante tres días. Resulta sumamente aterrador y desolador no tener ninguna certeza sobre la existencia misma de aquello que más nos importa.

Al presentar este desafío escribí que la falta de certeza sobre el entorno no solo es nuestra mayor maldición, sino también una bendición. Una bendición porque, si la ciencia avanza en esta cuestión, quizá lleguemos a un punto en el que sea posible robar, por así decirlo, la identidad de una mente. Hoy, un multimillonario nunca podrá comerse mil millones de hamburguesas y obtener de ellas el mismo beneficio total que mil millones de personas que hayan comido una hamburguesa cada una. Si fuera posible apoderarse, por así decirlo, de la mente de otra persona y

alcanzar de ese modo la certeza de que es tan real como uno mismo, quizá también fuera posible experimentar de forma acumulativa los placeres de las personas cuyas mentes se han robado. Por eso, un avance científico así podría ser un arma de doble filo.

Conclusión

He descrito tres desafíos a los que he decidido dedicar mis energías si cuento con un poco de fuerza y voluntad. Llevo reflexionando sobre el primero, en un segundo plano, desde mediados de los años noventa. Hace aproximadamente un año empecé a dar pasos concretos para implantar Viditeľné peniaze: creé una página web dedicada a la idea y comencé a desarrollar el software sobre el que podría funcionar el sistema. El segundo desafío depende del posible éxito del primero. Si consigo que el primero prospere económicamente, invertiré la parte necesaria de los recursos disponibles en desarrollar modelos informáticos del cuerpo humano.

El tercer desafío es el único en el que todavía no se ve la luz al final del túnel. Depende de un progreso científico imposible de predecir: podría estar a la vuelta de la esquina o a miles de años de distancia. Pero una persona del siglo XVIII habría hecho una estimación parecida de las posibilidades que ofrecen los teléfonos móviles e internet de hoy.

Cómo funciona el karma

Para comprender cómo funcionan ciertas cosas en la vida, creo que es esencial entender cómo actúa el karma. No se trata de que haya un anciano sentado en una nube, allá en el cielo, apuntando en una libreta quién le hizo algo bueno o malo a quién y cuándo, para castigar después a las personas, en determinadas ocasiones, según sus actos pasados.

Más bien creo que, también en este mecanismo de bumerán de la vida, nuestra percepción en primera persona tiene una influencia mucho mayor. Somos nosotros mismos y nuestra conciencia quienes sabemos muy bien cuándo hemos hecho algo bueno o malo a alguien. Si nuestro balance es negativo, nuestro subconsciente atrae cosas malas a nuestra vida, y viceversa.

Si en la vida ocurre algo negativo —por ejemplo, someterse a una interrupción del embarazo —, aunque en el momento de decidir hacerlo una persona crea haber asumido mentalmente las consecuencias, a largo plazo esa convicción puede revelarse equivocada y tener efectos catastróficos. Con independencia de que consideremos poner fin a la vida de un feto humano una falta tan grave como matar a una persona viva, o simplemente la eliminación sin consecuencias de una masa biológica informe que, de seguir adelante, nos arruinaría la vida, más tarde podemos encontrarnos en situaciones que cambien nuestra manera de verlo. Incluso es poco probable que eso no ocurra. Desde cierta perspectiva, el aborto puede verse como un crimen varias veces peor que matar a otra persona: puede contemplarse como el asesinato del propio hijo. Para dejar claro lo que intento decir, el mero hecho de que pueda verse así, como el asesinato del propio hijo, basta para que destruya una vida con una certeza infalible. A lo largo de mi vida he conocido de cerca a cuatro personas que hicieron algo semejante. Tres de ellas quedaron tan paralizadas por sus consecuencias que juzgaban mal situaciones muy sencillas y convertían en un infierno la vida de quienes las rodeaban. Es como si una persona así tuviera ante los ojos una enorme barrera que le impidiera ver el mundo con objetividad. Todo lo que hace queda condicionado, ante todo, por la introducción de elementos que no vienen al caso y cuyo propósito principal es justificar de alguna manera la falta que ha cometido contra la vida.

Para concluir, someterse a algo como un aborto puede afectar de forma profundamente negativa a la vida, aunque en ese momento parezca una buena elección, una decisión pragmática que evitará el derrumbe de una existencia cómoda. En la inmensa mayoría de los casos, algo así es un pacto con el diablo, por el que uno renuncia, por así decirlo, a su conciencia limpia a cambio de una vida aparentemente cómoda. Esto debería explicarse obligatoriamente y en profundidad, sobre todo a las mujeres jóvenes que se plantean hacerlo. Una medida eficaz para mostrar sus posibles efectos podría ser, por ejemplo, pasar obligatoriamente algún tiempo en una unidad de neonatología. Si, después de una explicación tan minuciosa de lo que puede provocar y de entrar en contacto con la nueva vida en esa unidad, la mujer mantiene su decisión, probablemente sus motivos sean tan graves que deba respetarse.

Reflexión sobre la necesaria finitud del universo

Esta reflexión está muy lejos de ser una demostración rigurosa, pero aun así creo que, al seguir el hilo de sus ideas, aparecen cuestiones que conviene conocer.

Albert Einstein dijo en cierta ocasión que el universo y la estupidez humana eran infinitos, aunque de lo primero no estaba seguro. En este artículo intentaré demostrar que Einstein se equivocaba en el caso del universo.

Imaginemos que el universo fuera realmente infinito. Desde cualquiera de sus puntos podríamos afirmar que, a un trillón de trillones de años luz, existe un planeta Tierra 2 y, en él, un Peter Boško 2. Si no existiera a un trillón de trillones de años luz, podría existir a un trillón de trillones de trillones más allá. Si el universo fuera infinito, nuestras posibilidades de ampliar la búsqueda de Boško 2 serían infinitas y, por tanto, estarían abocadas al éxito. A un número infinito de éxitos. Ese Peter Boško 2, sin embargo, habría alcanzado un desarrollo tecnológico tal que sería capaz de enviarme desde semejante distancia 500 EUR a la mano si la extendiera ahora. ¿Ve a qué absurdos estamos llegando? El Peter Boško 2 que acabo de describir no existe, porque no acaba de aparecer en mis manos un billete de quinientos euros.

Para precisar las cosas, hay que señalar que esta demostración utiliza implícitamente dos supuestos:

Considero infinito un universo en el que se repite sin fin una distribución de la materia como la que conocemos en la parte del universo visible que observamos. Esa distribución debe seguir siendo más o menos aleatoria indefinidamente y permitir la existencia de galaxias y sistemas estelares como los que conocemos. Pero, si el universo solo se parece al que observamos hasta una distancia determinada, por enorme que sea, y más allá de ese límite solo hay, por ejemplo, espacio vacío, entonces lo considero finito.

El segundo supuesto es que, con un desarrollo tecnológico suficiente, resulta físicamente posible realizar de algún modo una intervención material a una distancia enorme, como teletransportar un billete hasta mí desde cualquier distancia. Si existe un primer Peter Boško 2 a 10^100 años luz, pero no puede enviarme el billete porque su tecnología no está lo bastante desarrollada, eso no afecta en absoluto a mi demostración: sencillamente sigo buscando a otro que sí disponga de la tecnología necesaria. Lo único que necesito para que mi demostración sea válida es que alguna tecnología extremadamente avanzada permita físicamente enviar un billete a cualquier distancia.

El universo no puede ser infinito, porque el elemento de la infinitud introduce absurdos demostrables, como el envío del billete, que manifiestamente no se produce. El billete, sin embargo, no es más que un ejemplo evidentemente absurdo para ilustrar las consecuencias insostenibles de un universo infinito. En realidad, lo que debería suceder es mucho más amplio. Tendría que ocurrir, en esencia, todo lo que se me ocurra y lo que no, no solo a mí, sino en todo el universo. Si el universo fuera infinito, tendría que suceder en todas partes todo lo que puede suceder. Y eso ya es la definición del no ser. Eso es lo que, en realidad, es infinito.

El único aspecto del ser que posee, en cierto modo, el atributo de la infinitud es el hecho de que soy consciente de mí mismo. O, si lo prefiere, de que los seres dotados de conciencia son conscientes de sí mismos. Pero de ellos solo lo sé de manera indirecta; de mí lo sé con una certeza del cien por cien, porque ocurre directamente en mi interior.

Pero de eso quizá hable en otra ocasión.

Arquitectura del sistema Viditeľné peniaze (VP): el primer sistema bancario transparente protegido por blockchain 1

Hace algún tiempo publiqué en mi blog un artículo sobre cómo las innovaciones del mundo de las criptomonedas podrían transformar de manera fundamental la forma en que las personas se tratan entre sí. En pocas palabras, la idea es que, si en la sociedad también el dinero privado y el patrimonio de las personas fueran transparentes en cierta medida, eso probablemente conduciría, de forma gradual, a resolver la gran mayoría de los problemas derivados de la eterna lucha entre seres humanos por los recursos.

En el artículo de hoy me gustaría detenerme en la arquitectura de un sistema que cumpliera los requisitos de ese sistema transparente de liquidación para toda la sociedad que voy desarrollando poco a poco. Para empezar, necesitaremos una breve incursión técnica en el mundo de las criptomonedas.

El algoritmo hash como clave para demostrar que ciertas cosas son exactamente como están registradas y, con un alto grado de certeza, de ninguna otra manera

En el mundo de la informática, y especialmente en el de las criptomonedas, un concepto fundamental es el llamado algoritmo hash. Su versión más utilizada, SHA256, es un algoritmo al que se le proporciona como entrada un texto breve o incluso un archivo de varios terabytes y que genera, a partir de esa entrada, una cadena de sesenta y cuatro caracteres con este aspecto:

El hash SHA256 del texto «Peter», por ejemplo, es este valor:

ea72c79 594 296e45b8c2a296 644d988 581f58cfac6601d122ed0a8bd7c02e8bf

En cambio, el hash SHA256 del texto «Peter1» es este:

c2a455a6fba64a8aa2dabed5d193a6bd89 813 376c02ae40b86f56af6473d4323

Como puede ver, los dos valores que ha devuelto el algoritmo son completamente distintos y no guardan relación entre sí. La función hash actúa mediante el llamado efecto avalancha. Cambiar un solo bit de la cadena de entrada provoca alteraciones tan drásticas en el resultado que los valores finales son totalmente independientes, aunque procedan de datos de entrada muy parecidos. SHA256 es el mismo en todo el mundo informático: si alguien le dice que ha calculado el SHA256 de una entrada, el resultado debería ser idéntico incluso en un sistema operativo o un lenguaje de programación completamente distintos, porque el procedimiento es el mismo en todas partes.

El cálculo de hashes con SHA256 tiene, además, otra propiedad: si usted le entrega a alguien el resultado, por ejemplo el valor ea72c79 594 296e45b8c2a296 644d988 581f58cfac6601d122ed0a8bd7c02e8bf, y no le dice que es el hash de Peter, esa persona no tiene forma de averiguarlo directamente. Su única posibilidad sería confiar en que el texto de entrada no fuera demasiado largo y en que usted solo hubiera utilizado, por ejemplo, caracteres alfanuméricos, y empezar a probar. Podría comenzar con una letra, «a», añadir después una b para obtener «ab», ejecutar la función SHA256 sobre esas entradas y comparar el resultado con el que usted le ha proporcionado. Tendría que seguir así hasta dar con una secuencia de caracteres que produjera el mismo resultado. Dicho de otro modo, supongamos que usted calcula el hash de un texto como este:

{

“account_from”:”SK11 1100 0000 0000 2644 5963”,

“account_to”: ”SK15 1100 0000 0000 2677 5968”,

“amount”: 5000,

“currency”:”EUR”

}

(El ejemplo es completamente inventado, incluidos los números de cuenta, que no existen).

El resultado sería el valor 7b4f22 193ad7675da45be8d5e22f042b36cdc78c397f92dd572 786dca61b326b. Si esa persona quisiera modificar el texto, por ejemplo cambiando el importe de 5000 a 10 000, podría hacerlo, pero le resultaría extremadamente difícil ajustar el resto del cuerpo de la transacción de modo que figurara el importe deseado, 10 000 en lugar de 5000, y al mismo tiempo no cambiara el hash del texto completo. Sencillamente, los datos con los que alimentaría el algoritmo serían otros, y tardaría miles de millones de años en encontrar una modificación del cuerpo de la transacción que mantuviera el resultado original de la función hash y, a la vez, incluyera el importe que desea.

Esta propiedad de la función hash permite que, si usted facilita a alguien un texto que puede obtener de alguna fuente —por ejemplo, de una base de datos de transacciones— y le indica también el valor de su hash en el momento en que se creó, esa persona pueda comprobar muy rápidamente si el texto ha cambiado desde que usted calculó el hash original. Precisamente esa comprobación se considera una prueba de que los datos no se han modificado desde el momento en que se calculó su hash.

Blockchain: la función hash con esteroides

Lo que explicaré aquí sobre el blockchain representa aproximadamente un diez por ciento de lo que en realidad abarca este concepto. Para explicar la arquitectura de VP será más que suficiente.

Relativamente poco después de la aparición de Bitcoin se desató la fiebre del blockchain. Surgieron empresas que pretendían especializarse en sus aplicaciones en distintos ámbitos de la informática; los consultores empezaron a añadir a la descripción de sus puestos títulos como «especialista en blockchain», etcétera. Al final, fuera de Bitcoin y de las criptomonedas, su implantación ha sido prácticamente mínima. He oído hablar de algunas aplicaciones en las que es importante conservar una información para siempre, como que un paciente tomó determinado medicamento, por ejemplo.

¿En qué consiste, entonces, el blockchain? Las criptomonedas resuelven el problema del dinero de una manera singular: la moneda no vive en un único sistema centralizado situado en algún lugar, sino prácticamente en cualquier sitio donde funcione un servidor, por pequeño que sea, que sustente sus funciones y esté conectado a internet. Sin embargo, para que la moneda pueda funcionar sin un servidor centralizado, hace falta algo que sea igual en todos esos pequeños ordenadores en los que opera y que se actualice con cada transacción que se produzca en cualquier otro servidor. Al mismo tiempo, hay que resolver situaciones como que alguien ordene simultáneamente en dos servidores el envío de una cantidad desde la misma cuenta o monedero. A ello se suma, entre otras cuestiones, la necesidad de recompensar de alguna manera a quienes mantienen esos innumerables pequeños servidores en los que vive la criptomoneda. El blockchain es precisamente ese elemento que los pequeños servidores comparten de forma más o menos

idéntica y que contiene las distintas transacciones de la criptomoneda. Un blockchain está formado por bloques. De ahí su nombre: blockchain, cadena de bloques. Los bloques contienen las transacciones realizadas con la criptomoneda. Se cierran a intervalos regulares y se crean otros nuevos a medida que se acumulan transacciones. Cerrar un bloque significa, entre otras cosas, calcular el hash de un texto como este o semejante:

{

"previous_block_hash":"42ca08 014a7e842f8205d3979eb14a95c52bf9ffb41c6752efe7bb08 114b a47e",

"transaction1_hash":"
fe6bc43fff796 742bbee6adebec349a38 323aed2de40d848aa9ed1428a451 942",

"transaction2_hash":"
0 965 577d9c0f4316cf83d1be017 627e0d180cc616ec9107ac497df84a4158f93",

"transaction3_hash":"
b5069c628dd914cc5f04 035ced89 781c0eb8efb27aed068b0 921 201 598 244 565",

…

"transaction900_hash":"
ffd7236ababd2e21 858c548f5a3c5bae1794fde4c358ebfef6dcf4bcf0bb5a05"

}

El hash del contenido completo de este bloque de novecientas transacciones sería, por ejemplo, «341cbef34adc7235eee22efde368 502f670 254b97 123fecfcb78ba892e7250b0». Ese valor se utilizaría después en el campo previous_block_hash al crear el siguiente bloque. Así, los bloques quedan enlazados y forman una cadena conceptual. Todos los bloques, salvo el primero, tienen un campo previous_block_hash con el valor hash del bloque anterior. En el primer bloque del blockchain se introduce algún valor, por ejemplo el texto «GenesisBlock», una expresión que describe la naturaleza del bloque cero. No importa qué valor se introduzca: aunque afectará a todos los valores posteriores, para los algoritmos será indiferente y, para una persona, un hash será tan solo otro hash.

Como he dicho, no voy a analizar el blockchain en profundidad en este artículo. Por una parte, ni siquiera yo tengo del todo claros algunos detalles del funcionamiento de Bitcoin, por ejemplo; por otra, no hace falta para comprender lo que quiero describir.

En los sistemas centralizados, como los bancarios, el dinero vive en una enorme base de datos en la que el banco tiene, por ejemplo, una lista de clientes y una tabla con sus cuentas. Cada cuenta indica a qué cliente pertenece y cuánto dinero contiene. Normalmente hay también una tabla de transacciones que registra desde qué cuenta se ha enviado dinero a cuál, el importe, la moneda y otros datos.

Hace algún tiempo se celebró una conferencia, creo que en Praga, en la que se reunieron figuras destacadas del mundo bancario para estudiar si el blockchain tenía alguna utilidad en su sector. La conclusión fue que no: el blockchain es una tecnología muy específica que, aunque a primera vista pueda parecer que resuelve problemas similares a los de los sistemas bancarios, lo hace de una forma completamente distinta.

No consiguieron encontrar un caso de uso que sirviera de ejemplo de cómo podría aprovecharlo un banco.

¿Blockchain en un sistema bancario? Solo si se necesita ganar la confianza del mundo entero

Sin embargo, los bancos mantienen una relación particular con sus clientes. Entre ellos existe la confianza elemental de que, si un cliente deposita 100 EUR un día y 200 al siguiente, al tercero podrá retirar sus 300 euros sin problemas. Si un banco fallara en una operación tan sencilla con el dinero de sus clientes, perdería rápidamente su reputación y a los propios clientes. Por eso, los clientes confían en que el banco no alterará sus datos de manera arbitraria, para no perder su buen nombre.

Pero la naturaleza de la solución cambia si imaginamos que queremos construir un sistema bancario global con un nivel de seguridad que permita utilizarlo sin problemas como sistema de liquidación de toda la sociedad. Un sistema así tendría, por su propia naturaleza, muchos enemigos, sobre todo si fuera transparente en cierta medida. Como he descubierto, la transparencia del dinero privado es un concepto que tiene muchos adversarios. Incluso si la incorporación al sistema fuera voluntaria, en caso de tener éxito llegaría un momento en que se convertiría en una espina clavada para quienes se sintieran molestos por esa transparencia creciente. Para prosperar, un sistema así necesita mecanismos que permitan demostrar que los datos son realmente los que deben ser y que nadie los ha modificado para favorecer o perjudicar a alguien.

Ese es precisamente el punto en el que interviene el blockchain y proporciona las herramientas necesarias para explicar todos y cada uno de los valores del sistema. Dicho de otro modo, todo acontecimiento importante que se produzca en él debe incorporarse de alguna forma al blockchain. Cada bloque nuevo debe copiarse de inmediato a un sistema de terceros. Aún no he investigado en detalle, pero, en principio, debería ser un servicio del tipo de Amazon Quantum Ledger, por ejemplo. Es decir, algo en lo que yo pueda registrar una transacción que pase al blockchain del proveedor, sin tener posibilidad de intervenir de ningún modo en el historial de los datos que ya he escrito. La propia naturaleza del sistema lo impediría técnicamente.

Todas las transacciones generadas en el sistema se guardarían en bloques que, en cuanto se cerraran, quedarían sellados y se enviarían a un sistema de terceros cuya naturaleza técnica impidiera modificar lo que ya se le hubiera remitido. Así sería posible que alguien señalara cualquier dato importante de mi sistema y me dijera: «Demuéstrame que este valor no ha sido manipulado, sino que procede de una secuencia de transacciones correctas, realizadas por las vías normales de procesamiento, y no, por ejemplo, de que alguien se haya conectado directamente a la base de datos y haya cambiado a mano un saldo de 5000 a 10 000». Yo podría demostrarle que, efectivamente, no se produjo ninguna manipulación o, en el peor de los casos, las cuentas no me cuadrarían, lo que significaría que alguien había alterado los datos. En Viditeľné peniaze, cada fila de una tabla importante estaría vinculada a la transacción y, por tanto, también al bloque que la hubieran modificado. La comprobación se llevaría a cabo de la siguiente manera: alguien indicaría qué dato quiere que demuestre. Con una instrucción sencilla obtendría la lista de transacciones que lo hubieran modificado de algún modo. Al aplicar el contenido de todas esas transacciones al objeto de datos correspondiente, debería obtener ese mismo objeto con exactamente las modificaciones que presenta en la actualidad.

En la próxima entrega de esta serie sobre la arquitectura de VP explicaré cómo deben clasificarse los datos del sistema según su naturaleza, de qué maneras se procesarán y se incorporarán al blockchain, y cómo se ejecutarán las operaciones sobre los objetos de negocio correspondientes.